



Romanos (Estudio Bíblico)

Un estudio devocional sobre el evangelio de Dios, la justicia por la fe, la gracia en Cristo y la vida transformada por el Espíritu

Autor: [GodMakes.com](https://godmakes.com)

Un recorrido por la Epístola de Pablo a los Romanos, contemplando el evangelio como poder de Dios para salvación, la realidad universal del pecado, la justificación por la fe, la gracia revelada en Jesucristo, la nueva vida en el Espíritu, la fidelidad de Dios a sus promesas y el llamado a una vida santa, humilde, amorosa y obediente.

Publicación: 03/may/2026

Introducción

Este libro fue preparado como un apoyo devocional para acompañar la lectura de la Epístola de Pablo a los Romanos. La propuesta es sencilla: primero el lector encuentra el texto bíblico; después viene a este material para profundizar esa lectura con claves de comprensión, contexto, conexiones bíblicas y aplicación espiritual.

Por eso, este libro no fue organizado como una reescritura de la carta ni como una nueva versión de Romanos. Tampoco pretende ocupar el lugar de la Biblia.

Funciona como una guía devocional de lectura: un acompañamiento para quien ya leyó el capítulo y desea percibir mejor el evangelio de Dios, la justicia revelada en Cristo, la gracia que salva, la fe que responde y la vida nueva producida por el Espíritu Santo.

Romanos es una de las exposiciones más profundas y completas del evangelio en el Nuevo Testamento. En ella, Pablo presenta con claridad la condición humana delante de Dios, la incapacidad del ser humano de justificarse por sus propias obras, la necesidad de la gracia, la centralidad de la fe y la suficiencia de la obra de Jesucristo. La carta no solo explica doctrinas; conduce el corazón a la adoración, el arrepentimiento, la humildad y la obediencia.

Desde el inicio, Pablo se presenta como siervo de Jesucristo, llamado a anunciar el evangelio prometido en las Escrituras. Este evangelio no nace de la imaginación humana, sino del plan eterno de Dios. Tiene como centro al Hijo, descendiente de David según la carne y declarado Hijo de Dios con poder por la resurrección. En Romanos, todo apunta a Cristo: su muerte, su resurrección, su justicia, su señorío y su gracia.

La carta también revela la seriedad del pecado. Pablo muestra que tanto judíos como gentiles necesitan la misericordia de Dios. La idolatría, la injusticia, el orgullo religioso, la confianza en méritos humanos y la rebeldía del corazón son expuestos delante de la santidad divina. Pero esta exposición no tiene el propósito de destruir la esperanza; prepara el camino para la buena noticia: en Cristo, Dios justifica al pecador por la fe.

Romanos nos conduce de la culpa a la gracia, de la condenación a la justificación, de la muerte en Adán a la vida en Cristo. Muestra que Abraham fue justificado por

la fe antes de la ley, que la promesa de Dios se recibe por la confianza y que la paz con Dios nace de la obra consumada de Jesús. La salvación no se presenta como premio para los fuertes, sino como don de Dios para los que creen.

Al mismo tiempo, Romanos no separa la fe de la transformación. La gracia que perdona también libera. Quien murió con Cristo es llamado a andar en novedad de vida. Quien recibió el Espíritu ya no vive dominado por la carne, sino que es conducido a una nueva forma de pensar, desear, elegir y obedecer. En Romanos, la vida cristiana es una respuesta viva a la misericordia de Dios.

La carta también abre espacio para contemplar la fidelidad de Dios en relación con Israel y sus promesas. Pablo trata con reverencia los misterios de la elección, la misericordia, la incredulidad humana y el plan soberano de Dios. Incluso delante de temas difíciles, Romanos nos enseña a terminar en adoración: ¡oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!

En los capítulos finales, la doctrina se vuelve práctica. El evangelio que justifica también moldea relaciones, servicio, humildad, amor sincero, sumisión, conciencia, acogida de los débiles y unidad en el cuerpo de Cristo. Romanos muestra que la fe verdadera no permanece solo en la mente; alcanza el carácter, la comunidad, la misión y la manera en que vivimos delante de Dios y de las personas.

Nuestro deseo es que este contenido te ayude a leer Romanos con más atención, más profundidad y más reverencia. Que, después de pasar por el texto bíblico, puedas volver a él con nuevos ojos, percibiendo que el evangelio es verdaderamente poder de Dios para salvación de todo aquel que cree.

Que esta lectura sirva como ayuda, nunca como sustitución; como compañía, nunca como competencia de la Biblia. Y que, al meditar en la Epístola a los Romanos, seas conducido a contemplar a Jesucristo como el Señor resucitado, el fundamento de nuestra justicia, la revelación de la gracia de Dios, aquel que nos reconcilia con el Padre y nos llama a vivir como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

Índice

Romanos 1: El evangelio que revela justicia, fe y verdad	5
Romanos 2: El juicio justo y la circuncisión del corazón	12
Romanos 3: La justicia de Dios y la justificación por la fe	18
Romanos 4: La fe de Abraham y la promesa de la gracia	25
Romanos 5: Paz con Dios y la gracia que vence el pecado	32
Romanos 6: Muertos al pecado y vivos para Dios	38
Romanos 7: La lucha interior y la liberación en Cristo	44
Romanos 8: Vida en el Espíritu y el amor que nada puede separar	50
Romanos 9: La soberanía de Dios y el llamado de la misericordia	55
Romanos 10: La justicia por la fe y los pies que anuncian la paz	60
Romanos 11: El olivo, el remanente y la misericordia de Dios	65
Romanos 12: Culto vivo, mente renovada y amor que vence el mal	70
Romanos 13: Autoridad, amor y la luz de Cristo	75
Romanos 14: Conciencia, libertad y paz entre hermanos	82
Romanos 15: La esperanza que acoge, sirve y anuncia a Cristo	88
Romanos 16: La familia de la fe y la gloria del Dios sabio	95

Romanos 1: El evangelio que revela justicia, fe y verdad

Texto base: Romanos 1 **Tema central:** Pablo presenta el Evangelio como el mensaje prometido por Dios, centrado en Jesucristo, poderoso para salvar a todo el que cree y capaz de confrontar toda sustitución de la verdad por la mentira.

Verdad principal: El justo vivirá por la fe, porque solo el Evangelio revela la justicia de Dios, salva al pecador y llama a los hijos de Dios a anunciar a Cristo con valentía, amor y santidad.



1. Una carta que abre una puerta para comprender el Evangelio

Romanos comienza con una presentación profunda de Pablo y del Evangelio. Él no se presenta primero por títulos humanos, logros personales o méritos religiosos. Se presenta como siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol y apartado para el Evangelio de Dios.

Esta apertura ya revela el corazón de la carta. El Evangelio no nace de la creatividad humana ni de una filosofía religiosa creada por Pablo. Es de Dios. Fue prometido antes por medio de los profetas en las Escrituras y tiene su centro en Jesucristo, el Hijo de Dios. Romanos no es solo una explicación doctrinal; es una exposición del plan eterno de Dios para salvar pecadores y formar un pueblo que vive por la fe.

Por eso, entender Romanos es como abrir un camino para comprender toda la Escritura. La carta muestra la gravedad del pecado, la necesidad de la gracia, la justicia recibida por la fe, la obra de Cristo, la acción del Espíritu Santo y la vida transformada de quienes pertenecen al Señor.

2. Jesucristo, el centro del Evangelio

Pablo declara que el Evangelio trata del Hijo de Dios. Jesús vino del linaje de David según la carne, cumpliendo las promesas mesiánicas dadas a Israel. Pero también fue declarado Hijo de Dios con poder por su resurrección de entre los muertos.

La resurrección no es un detalle secundario. Confirma que Jesús es el Señor. Él murió, pero no permaneció en la tumba. Venció la muerte, fue exaltado y recibió el nombre sobre todo nombre. Por eso, la fe cristiana no es solo admiración por un maestro antiguo; es sumisión viva al Cristo resucitado.

El Evangelio anuncia que Jesús es Salvador y Señor. Él es el camino, la verdad y la vida. Él es quien murió por amor, resucitó al tercer día y llama a personas de todas las naciones a pertenecerle.

3. Gracia, llamado y obediencia de la fe

Pablo afirma que recibió gracia y apostolado para promover la obediencia de la fe entre todos los pueblos. Esta expresión une dos realidades que nunca deben separarse: fe y obediencia.

La salvación no se gana por obras, pero la fe verdadera produce una vida rendida. Quien recibe la gracia de Dios es llamado a honrar el nombre de Jesús con palabras, acciones y carácter. El Evangelio debe salir de la boca, pero también debe aparecer en la manera en que el cristiano vive.

Predicar el Evangelio es esencial. Sin embargo, la vida también predica. El carácter, la misericordia, el perdón, la humildad y la fidelidad revelan si aquello que anunciamos con los labios ha echado raíces en el corazón. Somos llamados a hablar de Cristo a tiempo y fuera de tiempo, y también a reflejar el carácter de Cristo en todo lugar.

4. Embajadores de Cristo en todos los lugares

Romanos 1 nos recuerda que el Evangelio no pertenece a un pueblo, país, idioma o cultura. Pablo escribe a cristianos en Roma, pero el mensaje alcanza a personas en todos los lugares. Donde hay alguien que pertenece a Cristo, allí también hay una misión.

El cristiano es representante del Reino. Así como un embajador representa a quien lo envió, el discípulo de Jesús representa a Cristo en el mundo. Esto no significa orgullo espiritual, sino responsabilidad santa. Llevamos un mensaje que no es nuestro: Jesucristo es Señor y Salvador.

Esta misión exige valentía y sensibilidad. Es necesario anunciar a Jesús sin vergüenza, pero también con discernimiento. La verdad debe ser proclamada con amor, para acercar a las personas a Cristo y no convertir nuestra intensidad en piedra de tropiezo. Quien convierte es el Espíritu Santo; nuestro papel es testificar con fidelidad.

5. Una fe que cuida, anima y permanece cerca

Pablo da gracias a Dios por la fe de los romanos y expresa su deseo de verlos. Quería compartir algún don espiritual para fortalecerlos, pero también reconocía que sería animado por la fe de ellos. Incluso Pablo sabía que necesitaba ser fortalecido en la comunión con los hermanos.

Esto revela la belleza de la vida cristiana: nadie camina solo. La fe es personal, pero no es aislada. Necesitamos alimentarnos de la Palabra, oír testimonios, contar testimonios, orar unos por otros y animarnos mutuamente.

Pablo también se veía como deudor. Sentía responsabilidad de anunciar el Evangelio a griegos y bárbaros, a sabios e ignorantes. Esa deuda no era financiera; era una deuda de amor. Quien recibió la gracia no puede tratar la salvación como algo privado, guardado solo para sí.

El cuidado espiritual continúa después de que alguien oye el Evangelio. Amar también es acompañar, buscar, preguntar, animar y no olvidar a quienes un día caminaron con nosotros. El Evangelio es anuncio, pero también es cuidado. Es palabra, pero también es presencia.

6. No me avergüenzo del Evangelio

En el centro del capítulo está una de las declaraciones más fuertes de Pablo: no se avergüenza del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree. El Evangelio no es solo una idea hermosa; es poder en acción.

Este poder salva a judíos y gentiles, religiosos y distantes, cultos y sencillos, fuertes y quebrantados. La puerta es la fe. Nadie entra por mérito, tradición, inteligencia o reputación. El justo vivirá por la fe.

La fe no es escape de la realidad. Es confianza en el Dios que reveló su justicia en Cristo. Por la fe, el pecador deja de justificarse a sí mismo delante de Dios y recibe la justicia que viene del propio Dios. Por la fe, la vida es reorientada. Por la fe, el corazón aprende a depender del Señor.

Por eso, el Evangelio debe ser anunciado. Muchas personas no comprenden el pecado, la salvación, la cruz, la gracia y el amor de Dios. Otras han creado caricaturas de la fe o se han alejado por causa de etiquetas religiosas. El discípulo de Jesús debe pedir sabiduría para hablar con verdad, pero también con mansedumbre, claridad y compasión.

7. Cuando la verdad es cambiada por la mentira

Después de presentar el poder salvador del Evangelio, Pablo muestra por qué la humanidad lo necesita. La ira de Dios se revela contra la impiedad y la injusticia de los hombres que detienen la verdad.

Dios no dejó al mundo sin testimonio. Su creación revela sus atributos invisibles, su eterno poder y su naturaleza divina. El problema del ser humano no es solo falta de información; es rechazo de la verdad. Cuando la criatura se niega a glorificar al Creador, el corazón se oscurece.

Pablo describe un intercambio trágico: la gloria del Dios incorruptible es reemplazada por imágenes e ídolos; la verdad de Dios es cambiada por la mentira; la criatura pasa a ser adorada y servida en lugar del Creador. Esta inversión sigue siendo actual. El corazón humano todavía crea sus propios dioses, sus propios criterios de salvación y sus propias justificaciones para escapar del confrontamiento de la verdad.

Pero la verdad no deja de ser verdad porque el ser humano la rechaza. Cuando huimos de la luz de Dios, no encontramos libertad; encontramos confusión. El pecado promete autonomía, pero produce esclavitud.

8. La seriedad del pecado y la necesidad de arrepentimiento

Romanos 1 es un capítulo que confronta. Pablo muestra que cuando el ser humano insiste en rechazar a Dios, el deseo desordenado empieza a gobernar la vida. La expresión de que Dios los entregó muestra la seriedad de una vida que elige permanecer lejos del Señor.

Esto no debe producir arrogancia religiosa en nadie. La lista de pecados al final del capítulo no sirve para que el lector se coloque por encima de otros, sino para que reconozca la profundidad de la corrupción humana. Envidia, malicia, engaño, orgullo, murmuración, desobediencia, falta de misericordia e infidelidad también revelan un corazón que necesita redención.

La Palabra coloca al ser humano delante de la verdad. Muestra que el pecado no es solo una falla externa, sino un desorden interior que afecta deseos, relaciones, palabras, decisiones y prioridades.

El camino de la sanidad comienza cuando dejamos de justificar el pecado y volvemos a Dios. El arrepentimiento no es desesperación; es regreso. Quien es confrontado por la Palabra puede pedir perdón, recibir misericordia y ser tratado por el Espíritu Santo.

9. En el mundo, pero no del mundo

Romanos 1 también llama al cristiano a discernir su posición en el mundo. Estamos en el mundo, pero no pertenecemos al sistema que rechaza a Dios. Fuimos alcanzados por la misma gracia que ahora anunciamos.

Esto exige firmeza y misericordia al mismo tiempo. Firmeza para no ser moldeados por valores que cambian la verdad por la mentira. Misericordia para recordar que también fuimos sacados del lodo y que todavía necesitamos ser tratados por Dios en muchas áreas.

El cristiano no fue puesto en el mundo para contaminarse con él, ni para odiarlo, sino para testificar de Cristo en él. El Espíritu Santo convence de pecado. La Palabra cumple su obra. Nuestra misión es vivir como luz, proclamar el Evangelio,

orar por discernimiento y amar a las personas con la esperanza de que sean alcanzadas por la gracia.

Lo que Romanos 1 revela sobre Dios

Romanos 1 revela que Dios es el autor del Evangelio. Él prometió la salvación en las Escrituras, cumplió su promesa en Jesucristo y confirmó a su Hijo con poder por medio de la resurrección.

También revela que Dios es justo. Él no ignora el pecado, no trata la mentira como verdad y no acepta que la criatura ocupe el lugar del Creador. Al mismo tiempo, revela que Dios es Salvador, pues ofrece en el Evangelio el poder para salvar a todo aquel que cree.

Lo que Romanos 1 enseña para hoy

Romanos 1 enseña que la fe cristiana no puede esconderse por vergüenza, miedo o comodidad. El Evangelio sigue siendo poder de Dios para salvación, y la Iglesia es llamada a anunciarlo con valentía, amor y sabiduría.

También enseña que el pecado comienza cuando la verdad de Dios es rechazada y sustituida por mentiras convenientes. Por eso, necesitamos volver continuamente al Señor, pedir discernimiento al Espíritu Santo y permitir que la Palabra confronte, sane y transforme nuestro corazón.

Preguntas para reflexión

1. ¿He vivido como siervo de Cristo o todavía busco definir mi identidad por títulos, méritos y reconocimiento humano? 2. ¿Tengo vergüenza de anunciar el Evangelio o pido a Dios valentía y sabiduría para hablar de Jesús con amor? 3. ¿Mi fe ha animado a otras personas o he caminado de forma aislada? 4. ¿En qué áreas puedo estar cambiando la verdad de Dios por mis propias justificaciones? 5. ¿He mirado a los perdidos con misericordia, recordando que yo también fui alcanzado por la gracia?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 1 nos recuerda que el Evangelio revela la justicia de Dios, confronta la mentira del corazón humano y llama a todos los que creen a vivir por la fe, anunciando a Cristo sin vergüenza y con amor.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-104f1551-es>

Romanos 2: El juicio justo y la circuncisión del corazón

Texto base: Romanos 2 **Tema central:** Pablo confronta el juicio hipócrita, muestra que Dios juzga con verdad y sin favoritismo, y enseña que la religión exterior solo tiene valor cuando el corazón es transformado por el Espíritu. **Verdad principal:** Dios no se impresiona con la apariencia, el conocimiento religioso ni la identidad externa; Él busca arrepentimiento verdadero, obediencia sincera y un corazón marcado por el Espíritu Santo.



1. Cuando juzgamos al otro y olvidamos el espejo

Romanos 2 continúa directamente el retrato severo presentado al final de Romanos 1. Después de exponer el desorden del corazón humano, Pablo dirige el espejo hacia quien se siente demasiado seguro al observar el pecado ajeno. La pregunta ya no es solo qué hicieron ellos, sino también: ¿dónde estoy yo en esta historia?

Es muy fácil reconocer el error en otra persona. Es fácil señalar, condenar, clasificar y concluir. Pero Pablo revela que el juicio hecho con arrogancia puede convertirse en sentencia contra quien juzga, porque muchas veces condenamos en otro algo que, de alguna forma, también vive en nosotros.

El capítulo nos llama a un autoexamen honesto. Antes de señalar con el dedo, necesitamos mirar hacia dentro. Antes de acusar la debilidad de alguien, necesitamos preguntar delante de Dios qué áreas de nuestro corazón todavía necesitan arrepentimiento, sanidad y transformación.

2. La bondad de Dios conduce al arrepentimiento

Pablo no presenta la paciencia de Dios como permiso para permanecer en el pecado. Él dice que la bondad, la tolerancia y la paciencia de Dios tienen un propósito: conducir al pecador al arrepentimiento.

Muchas veces, cuando Dios no nos corrige inmediatamente, pensamos que Él ignoró el error. Pero la demora del juicio no es debilidad de Dios; es misericordia. El Señor nos da tiempo para reconocer, confesar y cambiar de dirección.

Esta verdad debe quebrar la dureza del corazón. El arrepentimiento no nace del orgullo, sino de la percepción de que Dios ha sido paciente con nosotros. ¿Cuántas veces pecamos sabiendo que estábamos errando? ¿Cuántas veces fuimos duros con quienes amamos, repetimos actitudes que hieren, dijimos lo que no debíamos decir y aun así fuimos sostenidos por la gracia?

La bondad de Dios no debe producir comodidad con el pecado. Debe producir quebrantamiento.

3. Dios juzga con verdad y sin acepción de personas

Romanos 2 afirma que Dios retribuirá a cada uno conforme a sus obras y que para Él no hay acepción de personas. Esto no significa que alguien será salvo por mérito propio, sino que Dios no se deja engañar por etiquetas, discursos o apariencias.

El juicio de Dios es conforme a la verdad. Él ve lo que los ojos humanos no ven. Él conoce intenciones, secretos, motivaciones y contradicciones. Una persona puede parecer justa delante de los demás y aun así cargar orgullo, dureza, envidia, malicia o falta de misericordia en el corazón.

Por eso Romanos 2 nos enseña temor. No un miedo paralizante, sino una reverencia santa. Si Dios lo ve todo, entonces la vida cristiana no puede ser solamente una imagen pública. Debe ser verdad en lo secreto.

4. Odores de la ley o practicantes de la voluntad de Dios

Pablo afirma que no son justos delante de Dios los simples odores de la ley, sino los que la practican. Esta palabra confronta toda forma de religión que acumula conocimiento, pero no produce obediencia.

Conocer la Biblia es una bendición. Estudiar, enseñar, explicar y defender la verdad son cosas preciosas. Pero el conocimiento que no se convierte en vida puede transformarse en orgullo espiritual. La pregunta no es solamente cuánto sabemos, sino cuánto de lo que sabemos gobierna nuestras actitudes.

Quien enseña también necesita ser enseñado. Quien corrige necesita aceptar corrección. Quien habla de santidad necesita buscar santidad. Quien anuncia la verdad necesita permitir que la verdad lo atravesara primero.

La Palabra de Dios no es solo una herramienta para evaluar el mundo; es un espejo que revela nuestro propio corazón.

5. La ley escrita en el corazón y la voz de la conciencia

Pablo habla de los gentiles que no tenían la ley escrita como Israel, pero aun así mostraban la obra de la ley grabada en sus corazones. La conciencia, los pensamientos, la acusación interior y la defensa interior testifican que Dios no dejó al ser humano sin ningún sentido moral.

Esto muestra que el juicio de Dios es justo. Quien conoce más tiene mayor responsabilidad. Quien recibió más luz será llamado a responder por esa luz. Pero aun quien no recibió la ley escrita no está fuera de la mirada de Dios, porque la conciencia también revela una marca divina que apunta al bien y al mal.

En la vida cristiana, esa conciencia necesita ser iluminada por la Palabra y guiada por el Espíritu Santo. Cuanto más nos alimentamos de la Escritura, más aprendemos a discernir lo que agrada o entristece a Dios.

6. El peligro de tener nombre religioso y vida contradictoria

En la segunda parte del capítulo, Pablo habla directamente al judío que se apoya en la ley, se gloría en Dios y se considera guía de los ciegos. El problema no era haber recibido la ley. El problema era confiar en el privilegio religioso mientras la práctica contradecía lo que se enseñaba.

La pregunta es fuerte: tú que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se debe hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se debe cometer adulterio, ¿adulteras? Tú que te glorías en la ley, ¿deshonras a Dios por quebrantar la ley?

Esta advertencia sigue siendo actual. El nombre de Dios puede ser honrado o blasfemado por la conducta de quienes dicen conocerlo. Cuando la vida contradice el mensaje, el testimonio se debilita. Cuando la práctica confirma la fe, Dios es glorificado.

Las pequeñas decisiones revelan grandes realidades. La integridad no aparece solamente en los grandes discursos, sino en actitudes simples: no tomar lo que no es nuestro, no usar la posición para beneficio propio, no actuar con duplicidad y no esconder una desobediencia detrás de una apariencia religiosa.

7. La verdadera circuncisión es la del corazón

Pablo concluye afirmando que el verdadero judío no es solo el que lo es exteriormente, ni la verdadera circuncisión es solo exterior en la carne. La verdadera circuncisión es la del corazón, en el Espíritu, no en la letra.

La señal externa tenía valor dentro del pacto, pero nunca fue sustituto de un corazón rendido. Dios siempre buscó más que marcas en el cuerpo; Él busca un corazón humilde, obediente y transformado.

Para nosotros, esta palabra apunta a la obra interior del Espíritu Santo. El Señor quiere quitar la dureza, cortar el orgullo, purificar intenciones y liberarnos de los pecados que todavía nos dominan. La transformación cristiana no es maquillaje religioso; es cirugía espiritual en el corazón.

Cuando el corazón es circuncidado por el Espíritu, la persona deja de vivir buscando la aprobación de los hombres y comienza a desear la aprobación de Dios.

8. El camino del arrepentimiento diario

Romanos 2 no fue escrito para aplastarnos sin esperanza, sino para conducirnos a Cristo. El capítulo nos impide escondernos detrás de excusas, etiquetas y comparaciones. Nos llama a decir con sinceridad: Señor, muéstrame dónde necesito cambiar.

Este arrepentimiento no ocurre solo una vez. La vida cristiana es un camino continuo de regreso al Señor. Todos los días necesitamos pedir un corazón más misericordioso, más humilde, más verdadero, más enseñable y más parecido a Jesús.

Cristo es el único justo. Solo Él puede salvarnos de la culpa y transformarnos por dentro. En Él encontramos perdón para el pasado, gracia para el presente y poder para vivir de una manera nueva.

Lo que Romanos 2 revela sobre Dios

Romanos 2 revela que Dios es justo, verdadero, paciente e imparcial. Él no se deja engañar por la apariencia religiosa, ni trata a las personas con favoritismo. Él conoce el corazón, juzga los secretos de los hombres por medio de Cristo y usa su bondad para conducir a los pecadores al arrepentimiento.

También revela que Dios desea transformación interior. Él no busca solo señales externas, palabras correctas o identidad religiosa. Él quiere un corazón marcado por el Espíritu.

Lo que Romanos 2 enseña para hoy

Romanos 2 enseña que debemos cambiar el juicio arrogante por el autoexamen humilde. Antes de condenar a alguien, necesitamos mirar nuestro propio corazón delante de Dios.

También enseña que el conocimiento bíblico aumenta la responsabilidad. Quien conoce la verdad debe vivirla con integridad. La fe que honra a Dios no es solo la que habla correctamente, sino la que se manifiesta en obediencia, misericordia, arrepentimiento y carácter.

Preguntas para reflexión

1. ¿En qué áreas he juzgado a otros sin examinar primero mi propio corazón? 2. ¿He confundido la paciencia de Dios con permiso para continuar en actitudes equivocadas? 3. ¿Mi conocimiento de la Palabra ha producido humildad u orgullo espiritual? 4. ¿Hay alguna área en la que enseñe, aconseje o exijo de otros lo que yo mismo todavía no practico? 5. ¿Qué parte de mi corazón necesita ser circuncidada por el Espíritu Santo?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 2 nos llama a salir de la apariencia y entrar en la verdad, permitiendo que la bondad de Dios nos conduzca al arrepentimiento y que el Espíritu Santo marque nuestro corazón delante del Señor.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-b33dc31f-es>

<https://godmakes.com/s/book-3aadf07c-es>

Romanos 3: La justicia de Dios y la justificación por la fe

Texto base: Romanos 3 **Tema central:** Pablo muestra que ningún ser humano puede justificarse delante de Dios por privilegio religioso, conocimiento, obras o apariencia; todos pecaron, pero Dios manifestó su justicia en Cristo y justifica gratuitamente por la fe. **Verdad principal:** La justicia que salva no nace del mérito humano, sino de la gracia de Dios revelada en Jesucristo; por eso toda soberbia cae, todo pecado queda expuesto y todo el que cree encuentra redención en la sangre del Cordero.



1. El privilegio que no elimina la responsabilidad

Romanos 3 comienza retomando una pregunta natural después del capítulo anterior: si Dios no hace acepción de personas y si la señal exterior no salva, ¿cuál es entonces la ventaja de ser judío? Pablo responde que sí había una gran ventaja: a los judíos les fueron confiados los oráculos de Dios, la revelación, la Palabra, las promesas, los testimonios y la historia del pacto.

Pero el privilegio espiritual nunca debe confundirse con una garantía automática de salvación. Recibir la Palabra es una bendición inmensa, pero también es una responsabilidad. Quien recibió más luz no debe exaltarse; debe temblar, agradecer y obedecer.

El mismo principio nos habla hoy. Tener Biblia, conocer doctrina, participar en reuniones, escuchar buenas enseñanzas y estar rodeados de oportunidades espirituales es una gracia. Pero nada de esto debe producir orgullo. El privilegio de conocer la verdad debe generar humildad, reverencia y compromiso.

La pregunta no es solamente si la Palabra llegó hasta nosotros. La pregunta es si la Palabra entró en nosotros.

2. La infidelidad humana no anula la fidelidad de Dios

Pablo hace otra pregunta: si algunos fueron infieles, ¿su infidelidad anulará la fidelidad de Dios? La respuesta es firme: de ninguna manera. Aunque todo ser humano sea mentiroso, Dios permanece verdadero.

Esta es una de las grandes consolaciones del Evangelio. La fe cristiana no se sostiene en la constancia humana, sino en la fidelidad divina. El ser humano falla, vacila, promete y rompe promesas. Dios, sin embargo, permanece fiel a lo que dijo. Él no cambia su carácter porque nosotros cambiemos nuestra conducta.

Esto no significa que la infidelidad humana no tenga consecuencias. Pablo no usa la fidelidad de Dios para suavizar el pecado. Al contrario, muestra que Dios sigue siendo justo cuando juzga. Cuando aparece el pecado, no disminuye la santidad de Dios; revela todavía más nuestra necesidad de gracia.

Por eso, la fidelidad de Dios no es licencia para vivir de cualquier manera. Es seguridad para el arrepentido y advertencia para el orgulloso.

3. El peligro de justificar el mal con argumentos religiosos

Pablo enfrenta un razonamiento torcido: si nuestra injusticia destaca la justicia de Dios, ¿sería injusto Dios al castigarnos? Si mi mentira resalta la verdad de Dios, ¿por qué aún soy condenado como pecador? ¿No sería mejor practicar el mal para que venga el bien?

Ese tipo de argumento intenta convertir el pecado en una herramienta espiritual. Es como si alguien dijera que, si Dios puede manifestar gracia en medio de la caída, entonces la caída deja de ser grave. Pablo rechaza esto con fuerza. Quien piensa así no ha entendido ni el pecado ni la gracia.

Dios puede usar incluso la maldad humana para revelar su justicia, pero eso no convierte la maldad en algo bueno. Dios puede sacar luz de las tinieblas, pero eso no transforma las tinieblas en un camino deseable. Dios puede perdonar pecadores, pero eso no vuelve aceptable el pecado.

La gracia no existe para alimentar la rebeldía. La gracia existe para rescatar, corregir, restaurar y transformar.

4. Todos bajo pecado

Después de responder a las objeciones, Pablo llega a una conclusión universal: todos, judíos y griegos, están bajo pecado. No hay justo, ni aun uno. No hay quien entienda perfectamente, no hay quien busque a Dios por sí mismo de manera pura y suficiente. Todos se desviaron.

Esta afirmación derriba toda comparación orgullosa. El ser humano suele medir su propia bondad comparándose con alguien peor. Pero delante de Dios, la medida no es el otro; la medida es la santidad del mismo Dios.

Romanos 3 no deja espacio para superioridad espiritual. El religioso necesita gracia. El irreligioso necesita gracia. El culto necesita gracia. El sencillo necesita gracia. El que conoce mucho necesita gracia. El que conoce poco necesita gracia.

La conclusión es clara: antes de ser diferentes en cultura, historia, conocimiento o tradición, todos somos iguales en necesidad. Todos están destituidos de la gloria de Dios.

5. Cuando la boca revela el corazón

Pablo usa imágenes fuertes para describir la condición humana: garganta como sepulcro abierto, lengua llena de engaño, veneno en los labios, boca llena de maldición y amargura. No es solamente lenguaje duro; es diagnóstico espiritual.

La boca revela el corazón. Las palabras hieren, manipulan, acusan, mienten, humillan, exageran, distorsionan, seducen y destruyen. Muchas veces el pecado se manifiesta primero en el habla: en el comentario malicioso, la respuesta impaciente, la crítica sin amor, el consejo que parece sabio pero nace de la amargura.

Por eso, Romanos 3 nos llama a reconocer que necesitamos la acción del Espíritu Santo incluso en lo que decimos. Sin Dios, nuestra boca puede convertirse en instrumento de muerte. Con Dios, puede convertirse en instrumento de consuelo, verdad, arrepentimiento y vida.

El Evangelio no transforma solo creencias. Transforma lengua, actitud, camino, intención y reacción.

6. La ley calla la soberbia y revela el pecado

Pablo afirma que la ley habla para que toda boca se calle y todo el mundo quede culpable delante de Dios. Por las obras de la ley nadie será justificado delante de Él; por medio de la ley viene el conocimiento del pecado.

Este es un giro importante. La ley es santa, pero no salva al pecador. Revela el pecado. Muestra la enfermedad, pero no es el remedio final. Expone la culpa, pero no quita la culpa. Cierra la boca de la autodefensa humana para que el corazón esté listo para oír la gracia.

Cuando intentamos justificarnos, multiplicamos excusas. Decimos que no fue tan grave, que otros hicieron cosas peores, que había una razón, que nuestra intención era buena, que Dios entiende. Pero delante de la santidad divina, toda excusa cae.

La ley nos lleva al final de nosotros mismos. Y eso es misericordia, porque solo cuando dejamos de confiar en nuestra propia justicia estamos listos para recibir la justicia que viene de Dios.

7. Pero ahora: la justicia de Dios se manifestó

Después de mostrar la culpa universal, Pablo abre una ventana de esperanza con dos palabras preciosas: pero ahora. Sin ese giro, Romanos 3 sería solo condenación. Pero el Evangelio anuncia que la justicia de Dios se manifestó sin depender de las obras de la ley, aunque testificada por la ley y los profetas.

La salvación no es una improvisación divina. Lo que Dios reveló en Cristo ya había sido señalado en las Escrituras. La ley y los profetas testificaban que Dios haría algo que el ser humano no podía hacer por sí mismo.

Esta justicia se recibe mediante la fe en Jesucristo, para todos los que creen. No hay distinción, porque todos pecaron. Pero tampoco hay distinción en la invitación de la gracia: judíos y gentiles, cercanos y lejanos, religiosos y quebrantados, todos son llamados a creer.

El centro no es el desempeño del hombre. El centro es Cristo.

8. Justificados gratuitamente por la gracia

Romanos 3 declara que somos justificados gratuitamente por la gracia de Dios, mediante la redención que hay en Cristo Jesús. Esta frase lleva el corazón del Evangelio.

Justificar es declarar justo a quien, por sí mismo, no tenía justicia suficiente delante de Dios. Gratuito significa que no fue comprado por nuestro mérito. Gracia significa favor inmerecido. Redención significa rescate, liberación, precio pagado para sacar a alguien de la esclavitud.

En Cristo, Dios no finge que el pecado no existe. Él trata el pecado con seriedad en la cruz. Jesús es presentado como sacrificio, como propiciación, por su sangre, mediante la fe. El perdón no es barato; costó la sangre del Hijo de Dios.

Por eso, el cristiano no se gloria en sí mismo. Se gloria en la cruz. La salvación es gratuita para nosotros, pero le costó todo al Cordero.

9. Dios es justo y justificador

Pablo muestra que, en Cristo, Dios manifiesta su justicia en el tiempo presente, para ser justo y justificador del que tiene fe en Jesús. Esta es una verdad profunda: Dios no salva negando su justicia; salva satisfaciendo su justicia en Cristo.

Si Dios simplemente ignorara el pecado, su justicia sería negada. Si Dios solo condenara al pecador, su misericordia no sería revelada como redención. En la cruz, justicia y misericordia se encuentran. El pecado es juzgado, pero el pecador que cree es perdonado. La deuda se toma en serio, pero el precio lo paga Cristo.

Por eso el creyente arrepentido puede descansar. Nuestra paz no está en el olvido de Dios, sino en la obra consumada de Jesús. La sangre de Cristo habla más alto que nuestra culpa.

10. ¿Dónde está la jactancia? Quedó excluida

Después de presentar la justificación por la fe, Pablo pregunta: ¿dónde está la jactancia, el orgullo, la vanagloria? Quedó excluida. Si somos justificados por la fe, no queda espacio para la superioridad humana.

La fe no es un trofeo para el orgulloso; es una mano vacía que recibe gracia. Nadie llega delante de Dios diciendo: lo merecí. El salvo llega diciendo: fui alcanzado.

Esto transforma la manera en que miramos a Dios y a las personas. Si fuimos salvos por gracia, no podemos tratar a otros con arrogancia. Si fuimos perdonados, no podemos vivir como dueños de la verdad sin misericordia. Si fuimos rescatados, no podemos olvidar de dónde Dios nos sacó.

La justificación por la fe produce humildad. Y la humildad es una de las marcas más hermosas de quien entendió el Evangelio.

11. Un solo Dios, un solo camino de gracia

Pablo termina el capítulo afirmando que Dios es Dios de los judíos y también de los gentiles. Hay un solo Dios, y Él justifica al circunciso por la fe y al incircunciso mediante la fe. La salvación no es propiedad de un grupo humano. La gracia de Dios en Cristo alcanza a todos los pueblos.

Esto no anula la ley; al contrario, la confirma. La fe no desprecia la santidad de Dios. La fe reconoce que la ley tenía razón al revelar el pecado y que Cristo es el cumplimiento de aquello hacia lo cual la ley apuntaba.

Romanos 3 nos conduce a un lugar de profunda reverencia: todos pecaron, pero Dios abrió un camino; nadie puede gloriarse, pero todos pueden creer; la justicia humana falla, pero la justicia de Dios salva.

Lo que Romanos 3 revela sobre Dios

Romanos 3 revela que Dios es verdadero, aun cuando el ser humano es infiel. Él es justo al juzgar el pecado y misericordioso al justificar al pecador por la fe en Jesús. Dios no negocia su santidad, pero tampoco deja al pecador sin esperanza. En la cruz, muestra que toma el pecado en serio y ama al pecador con profundidad eterna.

Lo que Romanos 3 enseña para hoy

Romanos 3 enseña que no debemos confiar en privilegio religioso, conocimiento bíblico, buenas obras o comparación con otras personas. Todos necesitamos gracia. También enseña que no podemos usar la misericordia de Dios como excusa para continuar en el error. La fe verdadera recibe la justificación en Cristo y camina en humildad, gratitud y transformación.

Preguntas para reflexión

1. ¿En qué áreas todavía intento justificarme delante de Dios o de las personas? 2. ¿He usado mi conocimiento espiritual para acercarme a Dios o para sentirme superior a otros? 3. ¿Mi boca ha sido instrumento de vida, verdad y consuelo, o de herida, crítica y amargura? 4. ¿Descanso realmente en la justicia de Cristo o todavía intento probar mi valor por desempeño religioso? 5. ¿Cómo puede la gracia que recibí hacerme más humilde, misericordioso y fiel hoy?

Frase de cierre del capítulo

En Romanos 3, toda boca se calla delante del pecado, pero todo corazón que cree puede levantarse en esperanza, porque Dios es justo y justificador del que tiene fe en Jesús.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-7f0da043-es>

<https://godmakes.com/s/book-ab8ff420-es>

Romanos 4: La fe de Abraham y la promesa de la gracia

Texto base: Romanos 4 **Tema central:** Pablo presenta a Abraham como ejemplo de justificación por la fe, mostrando que la promesa de Dios no depende de obras, señales externas ni mérito humano, sino de la gracia recibida por quienes creen.

Verdad principal: La fe verdadera no compra la salvación por medio de obras; confía en el Dios que justifica al pecador, cumple sus promesas y resucitó a Jesús para nuestra justificación.



1. Abraham delante de Dios

Romanos 4 continúa el argumento de Pablo sobre la justificación por la fe. Después de mostrar que todos pecaron y que nadie puede gloriarse delante de Dios, Pablo toma a Abraham como ejemplo. Esto es muy importante, porque Abraham era el gran patriarca, el padre de la nación, la referencia de la alianza y de la promesa.

La pregunta es sencilla y profunda: ¿qué alcanzó Abraham según la carne? Si hubiera sido justificado por las obras, tendría motivo para gloriarse. Pero no delante de Dios. Las obras pueden impresionar a los hombres, construir reputación y generar admiración, pero no pueden comprar la justicia que salva.

Pablo vuelve a las Escrituras: Abraham creyó a Dios, y eso le fue contado como justicia. Antes de cualquier rito externo, antes de cualquier mérito religioso, antes de cualquier gloria humana, había una confianza profunda en el Dios que habla, llama, promete y cumple.

La fe de Abraham no fue una idea abstracta. Fue entrega. Dios lo llamó a salir de su tierra, dejar su parentela y caminar hacia un lugar que todavía le sería mostrado. Abraham fue sin controlar todos los detalles. La fe comenzó donde terminó el control humano.

2. Salario, deuda y gracia

Pablo usa una imagen sencilla: el que trabaja recibe salario, y el salario no es regalo; es deuda. Si la salvación fuera por obras, Dios estaría pagando algo que el ser humano mereció. Pero el Evangelio no funciona así.

La justicia de Dios es contada al que cree en aquel que justifica al impío. Esta frase confronta el orgullo religioso. Dios no justifica al que se presenta como suficiente; Dios justifica al que reconoce su necesidad y confía en la gracia.

Esto no significa que las obras no importan. Significa que no son la raíz de la salvación. Las obras son fruto de la fe, no moneda de compra delante de Dios. Una vida transformada producirá actitudes transformadas, pero esas actitudes nacen de la fe y de la gracia, no del intento de negociar aceptación con Dios.

Esta distinción libera el corazón. No servimos a Dios para merecer amor; servimos porque fuimos alcanzados por el amor. No obedecemos para comprar salvación; obedecemos porque la fe nos conduce a caminar en los caminos de Dios.

3. La bienaventuranza del perdón

Pablo cita a David para mostrar la felicidad de aquel a quien Dios atribuye justicia sin obras. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no le toma en cuenta el pecado.

Esta bienaventuranza no es superficial. Es el gozo de quien sabe que su deuda fue cubierta por la misericordia de Dios. No es el alivio de quien se escondió bien; es la paz de quien fue verdaderamente perdonado.

David sabía lo que era pecado, caída, arrepentimiento y gracia. Por eso, su testimonio encaja en el argumento de Pablo. La felicidad espiritual no nace de una vida impecable delante de los hombres, sino de un corazón perdonado delante de Dios.

En Cristo, la culpa no necesita gobernar el alma. El perdón no borra la seriedad del pecado, pero revela la grandeza de la gracia. Quien recibió perdón no debe vivir de cualquier manera; debe vivir en gratitud, reverencia y transformación.

4. Antes de la circuncisión vino la fe

Pablo hace una pregunta decisiva: ¿esta bendición es solo para los circuncisos o también para los incircuncisos? La respuesta está en la propia historia de Abraham. La fe le fue contada como justicia antes de la circuncisión.

Esto muestra que la señal externa no produjo la justicia. La circuncisión vino después, como sello, como señal de una realidad que Dios ya había reconocido por la fe. El rito no creó la fe; el rito apuntaba hacia la fe.

Esta verdad habla profundamente contra toda confianza en la apariencia religiosa. Ritos, marcas externas, costumbres, tradiciones y disciplinas pueden tener su lugar cuando expresan algo verdadero en el corazón. Pero separados de la fe, se vuelven forma sin vida.

El punto central no es despreciar toda señal externa, sino colocarla en el lugar correcto. El corazón viene antes que la señal. La fe viene antes que el rito. La gracia viene antes que la marca visible. Dios ve el interior antes de que los hombres vean el exterior.

5. Abraham, padre de todos los que creen

Al mostrar que Abraham fue declarado justo antes de la circuncisión, Pablo abre la puerta de la promesa a todos los que creen. Abraham es padre de los circuncisos que caminan en la misma fe, pero también es padre de los incircuncisos que creen en el mismo Dios.

Así, la promesa no queda encerrada en una frontera étnica ni en una señal física. Se expande por la fe. Judíos y gentiles, cercanos y lejanos, religiosos e improbables, todos son llamados a confiar en el Dios que justifica por gracia.

Esto revela la belleza del Evangelio. Dios no está formando una familia basada en orgullo de sangre, desempeño religioso o apariencia externa. Él está reuniendo un pueblo por la fe en Cristo.

Abraham se convierte en padre de muchas naciones no solo porque tuvo descendencia física, sino porque su fe apunta hacia una familia espiritual. Todo aquel que cree entra en esta historia de promesa.

6. La promesa no vino por la ley

Pablo afirma que la promesa hecha a Abraham y a su descendencia no vino por la ley, sino por la justicia de la fe. Si la herencia dependiera de la ley, la fe quedaría vacía y la promesa sería anulada.

La ley revela el pecado, muestra la transgresión y expone la incapacidad humana. Es santa, pero no tiene poder para transformar por sí misma al pecador. Si todo dependiera de la capacidad humana de obedecer perfectamente, nadie permanecería firme delante de Dios.

Por eso, la promesa necesita ser por la fe, para que sea según la gracia. El fundamento de la esperanza no es la fuerza del hombre, sino la fidelidad de Dios. La promesa permanece firme porque está sostenida por el carácter de quien prometió.

Esta es una noticia maravillosa para quien se siente débil. La promesa de Dios no se derrumba cuando nuestra fuerza se acaba. La gracia nos llama a confiar, levantarnos y continuar, no apoyados en nuestra propia perfección, sino en la suficiencia de Dios.

7. La fe contra la esperanza visible

Abraham creyó contra esperanza. Humanamente, no había motivo para esperar. Su cuerpo ya estaba envejecido, y Sara tampoco tenía vigor para concebir. Pero la fe no se alimenta solo de lo que los ojos ven; se alimenta de la Palabra de aquel que prometió.

La fe de Abraham no ignoró la realidad. Él conocía su edad, conocía la imposibilidad, conocía los límites humanos. Pero, frente a todo eso, escogió considerar a Dios poderoso para cumplir lo que había prometido.

Esa es una fe madura. No es negación de los hechos; es confianza mayor que los hechos. No es optimismo vacío; es descanso en el carácter de Dios. La fe mira la imposibilidad y pregunta: ¿quién prometió?

La vida cristiana muchas veces pasa por ese lugar. Hay promesas que parecen demoradas, caminos que parecen improbables y respuestas que no llegan en el tiempo que imaginamos. Romanos 4 nos recuerda que Dios no necesita condiciones ideales para cumplir su Palabra.

8. El Dios que da vida a los muertos

Pablo describe a Dios como aquel que da vida a los muertos y llama a la existencia las cosas que no existen. Esta afirmación está en el corazón de Romanos 4. El Dios en quien Abraham creyó es el Dios de lo imposible, el Dios que da vida donde había esterilidad, el Dios que crea futuro donde parecía haber final.

Esta verdad se cumple de manera suprema en Jesucristo. El capítulo termina apuntando a aquel que fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación. La fe de Abraham miraba al Dios que podía dar vida. Nuestra fe mira al Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos.

Por eso, la justificación cristiana no es solo una idea religiosa. Está ligada a la muerte y resurrección de Cristo. Jesús fue entregado por nuestros pecados y resucitó como declaración viva de que la obra fue aceptada, la promesa permanece y la gracia venció.

La misma fe que recibió la promesa en Abraham ahora descansa en Cristo resucitado.

9. Obras como fruto, no como raíz

Una de las reflexiones más importantes del capítulo es la relación entre fe y obras. Romanos 4 no enseña una fe muerta, sin fruto, sin obediencia o sin transformación. Abraham creyó, y por creer, caminó. Su obediencia fue consecuencia de la fe.

Las obras no son la raíz de la salvación, pero son fruto de una fe viva. La fe guía los pasos, dirige actitudes, forma carácter, produce generosidad, valentía y perseverancia. Quien cree en Dios no permanece igual, porque la fe verdadera mueve la vida.

Al mismo tiempo, no podemos invertir el orden. Cuando colocamos las obras como raíz, caemos en orgullo o desesperación. Orgullo cuando pensamos que merecemos; desesperación cuando percibimos que nunca hacemos lo suficiente. La gracia nos libra de ambos lugares.

En Cristo, somos salvos por la fe y llamados a buenas obras. No somos salvos por las obras, pero tampoco somos salvos para permanecer estériles. La fe que recibe gracia aprende a fructificar en amor.

10. Lo que Romanos 4 revela sobre Dios

Romanos 4 revela que Dios es fiel para cumplir sus promesas, poderoso para dar vida donde no hay fuerza humana, lleno de gracia para justificar al pecador que cree y paciente para conducir a sus hijos por caminos que exigen confianza. Él no se impresiona con señales externas vacías, sino que se agrada de la fe que descansa en su Palabra. Dios es quien llama, sostiene, promete, cumple y resucita.

11. Lo que Romanos 4 enseña para hoy

Romanos 4 enseña que la vida cristiana comienza y permanece por la fe. No debemos apoyar nuestra seguridad espiritual en desempeño, apariencia, tradición o comparación con otros. Debemos confiar en el Dios que justificó a Abraham por la fe y que nos justifica por medio de Jesucristo. El capítulo también nos enseña que la fe verdadera produce camino, obediencia y fruto, aun cuando la promesa parece imposible a los ojos humanos.

12. Preguntas para reflexión

1. ¿En qué áreas todavía intento probar mi valor delante de Dios por obras, desempeño o apariencia religiosa? 2. ¿Mi obediencia nace de la fe y del amor, o del miedo a no ser aceptado? 3. ¿Qué señales externas de mi vida cristiana necesitan estar acompañadas por una realidad más profunda en el corazón? 4. ¿He confiado en Dios incluso cuando las circunstancias parecen imposibles? 5. ¿Qué fruto concreto ha producido mi fe en la forma en que hablo, decido, espero y sirvo?

13. Frase de cierre del capítulo

En Romanos 4, Abraham nos enseña que la fe verdadera no se apoya en lo que el ser humano puede probar, sino en el Dios que promete, justifica y da vida donde parecía haber imposibilidad.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-e2da3477-es>

Romanos 5: Paz con Dios y la gracia que vence el pecado

Texto base: Romanos 5 **Tema central:** Pablo muestra que la justificación por la fe nos da paz con Dios, esperanza en las tribulaciones, reconciliación por la sangre de Cristo y vida abundante por la gracia que vence el pecado y la muerte. **Verdad principal:** En Cristo, la gracia de Dios es mayor que el pecado, la vida es mayor que la muerte, y la esperanza del creyente nace de la paz recibida por la fe.



1. Justificados por la fe, tenemos paz con Dios

Romanos 5 comienza como una puerta abierta después de todo lo que Pablo explicó antes. Si todos pecaron, si nadie puede justificarse por sus propias obras, y si Abraham fue considerado justo por la fe, entonces la consecuencia aparece con claridad: justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Esa paz no es solamente ausencia de problemas. No es una paz basada en circunstancias favorables, salud perfecta, dinero suficiente o respuestas inmediatas. Es paz con Dios. La enemistad terminó. Por Cristo fuimos recibidos, perdonados y reconciliados.

La justificación no solo cambia nuestro destino; cambia nuestra posición delante de Dios. Antes había culpa, separación y miedo. Ahora hay entrada a la gracia. Pablo dice que por Cristo tenemos acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes. La vida cristiana no es una visita temporal al favor de Dios, sino una permanencia en la gracia.

Por eso el corazón puede descansar. Quien está en Cristo no necesita vivir intentando comprar la aceptación de Dios. La paz no fue conquistada por nuestro mérito, sino por la sangre de Jesús. No caminamos para intentar ser amados; caminamos porque fuimos amados primero.

2. Esperanza que nace en la tribulación

Pablo da un paso que parece extraño a la lógica humana: no solo nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios, sino también en las tribulaciones. Esto no significa amar el sufrimiento por sí mismo ni negar el dolor. Significa reconocer que, en las manos de Dios, aun la tribulación puede producir fruto espiritual.

La tribulación produce paciencia. La paciencia produce experiencia, carácter probado, madurez. Y la experiencia produce esperanza. El sufrimiento, cuando se vive con Dios, no tiene que destruir el alma; puede profundizar la fe.

La tribulación revela dónde estamos apoyados. Cuando todo va bien, es fácil decir que confiamos. Pero cuando llega la presión, cuando perdemos algo, cuando somos heridos, cuando la respuesta tarda, el corazón es probado. Allí descubrimos si nuestra esperanza depende del control o si está afirmada en el Señor.

La esperanza cristiana no decepciona porque no nace de un optimismo vacío. Nace del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. El Espíritu no solo nos informa que Dios nos ama; derrama ese amor dentro de nosotros, sosteniendo el corazón cuando las circunstancias parecen contrarias.

3. El amor probado en la cruz

Romanos 5 nos lleva al centro del Evangelio: Dios muestra su amor por nosotros en que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Esta es una de las declaraciones más profundas de la fe cristiana.

Dios no esperó que fuéramos dignos para amarnos. Cristo no murió por personas ya transformadas, fuertes, impecables y merecedoras. Murió por nosotros cuando

aún éramos débiles, pecadores y enemigos. La cruz prueba que el amor de Dios no comenzó con nuestra mejora.

Esto humilla el orgullo y sana la vergüenza. Humilla el orgullo porque no fuimos salvos por superioridad espiritual. Sana la vergüenza porque, aun conociendo nuestra condición, Dios se acercó en Cristo. La gracia no niega la gravedad del pecado; revela que el amor de Dios fue más lejos que nuestra caída.

Si fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo cuando éramos enemigos, mucho más ahora, reconciliados, seremos salvos por su vida. La salvación no es una esperanza frágil. Está firmada en la muerte y resurrección de Jesús.

4. Reconciliación: de enemigos a hijos amados

Pablo usa una palabra preciosa: reconciliación. Ella señala una relación restaurada. El pecado no produjo solo culpa legal; produjo distancia, ruptura y enemistad. En Cristo, esa distancia fue vencida.

Hemos recibido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Esto significa que Dios no solo canceló una deuda; nos trajo cerca. La paz con Dios no es fría, formal o distante. Es la paz de quien fue recibido nuevamente a la mesa, de quien puede acercarse, orar, confiar y descansar.

Esa reconciliación también transforma la manera en que miramos a las personas. Quien fue reconciliado por la gracia aprende a ser instrumento de reconciliación. El corazón que recibió misericordia no debe vivir esparciendo acusación, dureza y heridas.

Un alma herida puede herir a otras. Una palabra puede matar, pero también puede dar vida. Romanos 5 nos llama a vivir la gracia recibida: asumir nuestra culpa, buscar sanidad delante de Dios, dejar de transferir la responsabilidad a otros y permitir que el amor de Cristo transforme nuestra manera de hablar, reaccionar y tratar al prójimo.

5. Adán y Cristo: dos humanidades

En la segunda parte del capítulo, Pablo presenta un gran contraste: Adán y Cristo. Por un hombre entró el pecado en el mundo; por el pecado, la muerte; y la muerte

pasó a todos, porque todos pecaron. La historia humana lleva las marcas de esa caída.

Adán representa a la humanidad caída. Su desobediencia abrió camino a la condenación, la culpa, la huida y la muerte. Desde el principio, el ser humano intenta esconderse, justificarse y transferir culpa. Adán señala a Eva; Eva señala a la serpiente. Pero Dios llama al ser humano a la responsabilidad.

Cristo, sin embargo, es el nuevo comienzo. Si por la desobediencia de uno muchos fueron constituidos pecadores, por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos. Jesús no solo repara un detalle de la historia; inaugura una nueva humanidad.

En Adán vemos el pecado que esclaviza. En Cristo vemos la gracia que libera. En Adán vemos la muerte reinando. En Cristo vemos la vida reinando. En Adán vemos culpa. En Cristo vemos justificación. Por eso Romanos 5 no habla solo de caída; habla de la sobreabundancia de la gracia.

6. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia

Pablo afirma que la ley vino para que la transgresión se hiciera evidente. La ley revela la gravedad del pecado; muestra que el problema humano es profundo. Pero la frase que brilla en el capítulo es esta: donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Esto no es permiso para pecar. Pablo lo aclarará en el capítulo siguiente. La gracia no es excusa para seguir en aquello que destruye. La gracia es poder de Dios para sacarnos del dominio del pecado y colocarnos bajo el reino de la vida.

Cuando el pecado parece grande, la gracia de Dios es mayor. Cuando la culpa parece pesada, la sangre de Cristo es suficiente. Cuando la muerte parece tener la última palabra, la vida en Cristo se levanta como respuesta eterna.

La gracia reina por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, nuestro Señor. El pecado reinaba conduciendo a la muerte; ahora la gracia reina conduciendo a la vida. El cristiano ya no pertenece al antiguo dominio. Fue alcanzado por otro Reino.

7. La comunión que fortalece la esperanza

Romanos 5 también nos enseña que la esperanza se fortalece cuando caminamos juntos. La tribulación de un hermano puede convertirse en ocasión para consuelo, oración y ánimo. Cuando alguien dice con fe que Dios está presente, que la solución está en las manos del Señor y que Cristo no ha abandonado a su hijo, una llama de esperanza puede volver a encenderse.

Dios nos usa aun a la distancia. Una palabra llena de amor puede levantar a alguien abatido. Una oración sencilla puede fortalecer un alma cansada. Una experiencia compartida puede recordarle a otro creyente que sus luchas no son inútiles.

Cada persona pasa por sus propios dolores, pero nadie necesita caminar sin el consuelo de Dios. El amor derramado por el Espíritu Santo también se manifiesta en la comunión de los santos: hermanos que escuchan, exhortan con mansedumbre, consuelan, oran y apuntan otra vez hacia Cristo.

La paz con Dios se convierte en paz que desborda. La esperanza recibida se convierte en esperanza compartida. La gracia que nos salvó nos enseña a levantar a otros.

Lo que Romanos 5 revela sobre Dios

Romanos 5 revela que Dios justifica, reconcilia, ama primero y hace sobreabundar la gracia donde el pecado parecía dominar. Él no esperó que fuéramos fuertes para acercarse; Cristo murió por nosotros cuando aún éramos débiles y pecadores. Dios es paciente, misericordioso, justo y poderoso para transformar tribulación en esperanza y muerte en vida.

Lo que Romanos 5 enseña para hoy

Romanos 5 enseña que la vida cristiana debe vivirse desde la paz con Dios. La tribulación no necesita destruir la fe; puede producir perseverancia, madurez y esperanza cuando estamos firmes en Cristo. El capítulo también nos enseña a dejar de huir de la responsabilidad, asumir nuestras fallas delante de Dios y vivir como personas reconciliadas, hablando palabras de vida y no de herida.

Preguntas para reflexión

1. ¿He vivido como alguien que realmente recibió paz con Dios, o todavía intento comprar la aceptación del Padre? 2. ¿Cómo reacciono ante las tribulaciones: con

desesperación, fuga, acusación o confianza en Dios? 3. ¿Qué heridas en mí necesitan ser tratadas para que yo no hiera a otras personas? 4. ¿Asumo mis culpas delante de Dios o transfiero responsabilidad como hizo Adán? 5. ¿En qué área necesito creer que la gracia de Cristo es mayor que el pecado, la culpa y la muerte?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 5 nos enseña que, en Cristo, la paz reemplaza la enemistad, la esperanza nace en medio de la tribulación y la gracia reina donde antes el pecado parecía tener la última palabra.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-2bcd87d6-es>

Romanos 6: Muertos al pecado y vivos para Dios

Texto base: Romanos 6 **Tema central:** Pablo enseña que la gracia no es permiso para permanecer en el pecado, sino poder de Dios para unirnos a la muerte y resurrección de Cristo, liberándonos de la esclavitud del pecado y conduciéndonos a una nueva vida de santificación. **Verdad principal:** Quien ha sido unido a Cristo murió al dominio del pecado y ahora es llamado a vivir como siervo de la justicia, ofreciendo su vida a Dios.



1. La gracia no es licencia para continuar en el pecado

Romanos 6 nace directamente de la gran afirmación del capítulo anterior: donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Pablo sabe que alguien podría distorsionar esa verdad y concluir que, si la gracia crece frente al pecado, entonces se podría seguir pecando sin problema. Por eso responde con fuerza: de ningún modo.

La gracia no es excusa para permanecer en lo que destruye. La gracia es el poder de Dios que nos saca del antiguo dominio. Perdona, pero también transforma. Cubre la culpa, pero también rompe cadenas. Recibe al pecador arrepentido, pero no lo deja esclavo de la vieja vida.

La pregunta de Pablo es profunda: cómo viviremos todavía en el pecado, nosotros que hemos muerto a él. No está diciendo que el cristiano nunca más será tentado ni que nunca más tropezará. Está diciendo que el pecado ya no puede ser el señor de nuestra existencia.

Antes, el pecado mandaba, guiaba, cegaba y conducía. Ahora, en Cristo, otro Señor gobierna. La nueva vida no nace de un esfuerzo religioso vacío, sino de la unión con Jesús. El cristiano no lucha para morir al pecado por sus propias fuerzas; aprende a vivir la realidad de que, en Cristo, ha sido llamado a una nueva condición.

2. Unidos a la muerte y resurrección de Cristo

Pablo usa la imagen del bautismo para mostrar una verdad espiritual profunda: fuimos unidos a Cristo en su muerte y también en su resurrección. El bautismo apunta al entierro y al nuevo nacimiento. La vieja vida queda atrás y comienza un nuevo caminar.

Ser sepultados con Cristo significa que aquella antigua identidad dominada por el pecado ya no debe gobernar. Lo que éramos lejos de Dios fue llevado a la cruz. El viejo hombre fue crucificado para que el cuerpo del pecado fuera destruido y no sirvamos más al pecado como esclavos.

Pero el mensaje no termina en la muerte. Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, y nosotros también somos llamados a andar en novedad de vida. La fe cristiana no es solo dejar algo atrás; es recibir una vida nueva.

Esa nueva vida no es superficial. Alcanza la mirada, el habla, las decisiones, los deseos, las relaciones, el uso del tiempo, los valores y las prioridades. Cuando Cristo nos alcanza, no solo cambia nuestro destino eterno; comienza a cambiar nuestra manera de vivir ahora.

3. El viejo hombre y la nueva vida

La reflexión sobre Romanos 6 muestra con claridad que morir con Cristo también puede entenderse como la muerte de una antigua manera de ser. La persona que vivía ciega, dominada por vicios, orgullo, egoísmo, dureza, ira o engaño encuentra en Cristo no solo perdón, sino transformación.

Esto no significa borrar la historia. Significa que la historia ya no necesita gobernar el futuro. El pasado puede haber estado marcado por decisiones equivocadas, heridas, consecuencias y vergüenza. Pero cuando la gracia de Dios alcanza a alguien, una nueva persona comienza a nacer.

El encuentro con Jesús abre los ojos. La persona empieza a ver lo que antes no veía: el valor de la familia, la belleza de la vida, el peso de sus propias actitudes, el sufrimiento causado por el pecado y la misericordia de Dios que estuvo presente incluso cuando no lo percibía.

Este cambio es obra del Espíritu Santo. No es solo una reforma externa. No es maquillaje religioso. Es una nueva dirección interior. El corazón comienza a desear lo que agrada a Dios y a rechazar aquello que antes parecía normal, pero producía muerte.

4. No dejen que el pecado reine

Pablo dice: no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal. Esta frase muestra que existe una lucha. Si manda no dejar que el pecado reine, es porque el pecado todavía intenta ocupar el trono. La nueva vida no elimina la vigilancia; nos llama a la vigilancia.

El cuerpo, los deseos, la boca, los pensamientos, los ojos, las manos y los caminos pueden ser instrumentos del pecado o instrumentos de justicia. Pablo no trata la fe como algo abstracto. Lleva la gracia a la vida concreta.

Lo que hacemos con el cuerpo importa. Lo que hablamos importa. Lo que alimentamos en los pensamientos importa. Lo que permitimos gobernar nuestros deseos importa. La santificación no ocurre solo en momentos de culto, sino en las pequeñas decisiones diarias.

Antes, los miembros eran presentados al pecado como instrumentos de injusticia. Ahora somos llamados a presentarlos a Dios como instrumentos de justicia. La misma boca que antes hería puede bendecir. Las mismas manos que antes servían al egoísmo pueden servir al prójimo. El mismo corazón antes dominado por la culpa puede ser lleno de amor y perdón.

5. Perdón que transforma y libera

Uno de los temas que apareció con fuerza en la reflexión fue el perdón. La gracia de Dios es tan profunda que alcanza a personas en situaciones que la lógica humana quizá rechazaría. El ladrón en la cruz no tuvo toda una vida de obras para presentar; tuvo arrepentimiento, fe y una súplica sincera a Jesús.

Esto escandaliza a la carne humana porque nos gusta medir, comparar y controlar. Pero el Reino de Dios revela una misericordia mayor que nuestra capacidad de entender. El perdón no es barato, porque costó la sangre de Cristo; pero es gratuito para quien se arrepiente y cree.

Al mismo tiempo, ese perdón verdadero no deja a la persona igual. El perdón que viene de Dios no solo alivia la culpa; cambia la dirección de la vida. Quien fue perdonado comienza a desear vivir de manera digna de la gracia recibida.

También somos llamados a perdonar. No es fácil perdonar a quien hirió profundamente. Hay dolores que solo el Espíritu Santo puede tocar. Pero Jesús, en la cruz, oró por quienes lo maltrataban. El perdón revela que ya no somos esclavos de la venganza, la amargura y la antigua manera de reaccionar.

6. Siervos del pecado o siervos de la justicia

En la segunda parte del capítulo, Pablo cambia la imagen: habla de servidumbre. La pregunta es directa: a quién estamos obedeciendo. Somos siervos de aquel a quien obedecemos. Podemos servir al pecado, que conduce a la muerte, o a la obediencia, que conduce a la justicia.

La libertad bíblica no es ausencia de señor. Es cambio de señorío. Antes, el pecado dominaba. Ahora pertenecemos a Dios. Antes había una falsa libertad que al final producía vergüenza y muerte. Ahora hay una obediencia que produce santificación y vida.

Pablo no romantiza la antigua vida. Pregunta: qué fruto tenían entonces de aquellas cosas de las que ahora se avergüenzan. Esta pregunta es necesaria. Muchas cosas que antes parecían placer, fuerza, libertad o ventaja, después revelan su fruto amargo.

El pecado siempre paga salario. Promete vida, pero paga con muerte. Promete placer, pero genera esclavitud. Promete control, pero destruye el alma. Por eso, la

gracia nos llama a salir de ese dominio y nos entrega al servicio de Dios, donde el fruto es santificación y el fin es vida eterna.

7. Nueva vida que alcanza a otras personas

Romanos 6 también muestra que la transformación de una persona nunca queda aislada. Cuando alguien deja de ser gobernado por el pecado, las personas a su alrededor empiezan a sentir los efectos de esa nueva vida. Familia, amigos, hijos, cónyuge y comunidad son alcanzados por los frutos de la gracia.

El pecado no afecta solo a quien lo practica. Hierde relaciones, esparce dolor y crea consecuencias. De la misma manera, la gracia también se desborda. Un corazón transformado empieza a hablar diferente, tratar diferente, decidir diferente y amar diferente.

La nueva vida en Cristo tiene testimonio. A veces, alguien que todavía no conoce a Jesús observa, escucha, se acerca y recibe una semilla. Una conversación, una oración, una palabra sencilla o una reunión alrededor de la Palabra puede convertirse en instrumento de Dios.

Por eso, vivir Romanos 6 también es evangelizar con la vida. No solo anunciar que Cristo libera, sino mostrar con humildad que Él sigue liberando. La nueva vida es una carta viva de la gracia de Dios.

Lo que Romanos 6 revela sobre Dios

Romanos 6 revela que Dios no solo perdona pecadores, sino que los une a Cristo para una vida nueva. Él es poderoso para quebrar el dominio del pecado, resucitar el corazón, transformar antiguos esclavos en siervos de la justicia y conducir a sus hijos a la santificación. Dios no usa la gracia para encubrir la muerte; usa la gracia para generar vida.

Lo que Romanos 6 enseña para hoy

Romanos 6 enseña que no podemos usar la gracia como justificación para continuar en el pecado. Quien pertenece a Cristo debe considerarse muerto al pecado y vivo para Dios. El capítulo llama a cada cristiano a entregar cuerpo, mente, palabras, deseos y actitudes al Señor, viviendo una libertad que ya no sirve a la muerte, sino a la justicia.

Preguntas para reflexión

1. He tratado la gracia de Dios como poder de transformación o como excusa para permanecer en el mismo lugar? 2. Qué aspectos de la vieja vida todavía intentan reinar sobre mi corazón? 3. Mis pensamientos, palabras y actitudes han sido instrumentos de pecado o instrumentos de justicia? 4. En qué área necesito vivir con más claridad la verdad de que morí con Cristo y resucité para una nueva vida? 5. Qué fruto está produciendo mi vida en las personas que me rodean?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 6 nos enseña que la gracia que perdona también libera: en Cristo morimos al pecado, resucitamos para una nueva vida y somos llamados a vivir como siervos de la justicia para la gloria de Dios.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-e43c2d5b-es>

Romanos 7: La lucha interior y la liberación en Cristo

Texto base: Romanos 7 **Tema central:** Pablo muestra que la ley revela el pecado, pero no tiene poder para liberar el corazón humano; la verdadera liberación viene por medio de Jesucristo, quien nos conduce a servir a Dios en novedad de espíritu. **Verdad principal:** El ser humano no vence la fuerza del pecado por la carne ni por el legalismo, sino que encuentra liberación en Cristo y aprende a vivir por la obra del Espíritu Santo.



1. Muertos a la ley y unidos a Cristo

Romanos 7 comienza con una imagen fuerte: la ley tiene dominio sobre la persona mientras vive. Pablo usa la analogía del matrimonio para explicar que, cuando ocurre la muerte, una antigua obligación deja de gobernar. La comparación no busca enseñar todo sobre el matrimonio, sino revelar una verdad espiritual: en Cristo, una antigua relación de dominio terminó, y una nueva alianza comenzó.

Así como la muerte cambia la condición de una persona frente a la ley matrimonial, la muerte de Cristo cambia la condición del creyente frente a la ley como sistema de condenación. Hemos sido unidos a Aquel que resucitó de entre los muertos. Ahora pertenecemos a Cristo, no para vivir sin dirección, sino para dar fruto para Dios.

Este es un cambio profundo. Antes, la vida era conducida por la carne, las pasiones, las presiones del mundo, los deseos desordenados y el intento de justificarse delante de Dios. Ahora, en Cristo, somos llamados a servir en novedad de espíritu, no en la vejez de la letra.

La fe cristiana no es solamente un cambio de religión. Es un cambio de señorío, de alianza, de identidad y de dirección. Quien pertenece a Cristo ya no vive preso al antiguo régimen de culpa, miedo y condenación, sino que comienza a caminar en una vida nueva nacida de la gracia.

2. La ley revela el pecado, pero no sana el corazón

Pablo hace una pregunta necesaria: ¿la ley es pecado? De ninguna manera. La ley es santa, justa y buena. El problema no está en la ley de Dios, sino en el pecado que habita en el ser humano. La ley muestra lo que es correcto, revela el error y expone la codicia, pero no tiene poder por sí sola para transformar la naturaleza humana.

Es como una luz que revela la suciedad de una habitación. La luz muestra el problema, pero no limpia el suelo. La ley muestra la transgresión, pero no quita la esclavitud interior. Señala la voluntad de Dios, pero también evidencia que, en nosotros mismos, no logramos cumplirla perfectamente.

Por eso Pablo dice que no habría conocido la codicia si la ley no dijera: no codiciarás. El mandamiento hace visible lo que ya estaba escondido en el corazón. El pecado se aprovecha del mandamiento para revelar su fuerza destructiva. Lo que era bueno acaba exponiendo la muerte que ya estaba presente en la carne.

Esta verdad es importante porque nos libra de dos ilusiones. La primera es pensar que la ley es mala. No lo es. La segunda es pensar que la ley, por sí sola, puede salvar. Tampoco puede. La ley revela la necesidad de salvación, pero quien salva es Cristo.

3. El conflicto interior del ser humano

Romanos 7 es uno de los retratos más honestos de la experiencia humana. Pablo describe la tensión de alguien que desea hacer el bien, pero percibe dentro de sí una fuerza que lo empuja hacia el mal. Él dice que el bien que quiere no lo hace, pero el mal que no quiere, eso practica.

Esa frase atraviesa los siglos porque toca una realidad común a todos. ¿Cuántas veces alguien desea ser más paciente, pero explota? ¿Desea hablar con amor, pero hierde? ¿Desea obedecer, pero cae? ¿Desea honrar a Dios, pero se ve arrastrado por pensamientos, palabras, reacciones y hábitos que entristecen al Espíritu Santo?

Pablo no está disculpando el pecado. Está desenmascarando la condición humana. Existe una lucha real entre el deseo de agradar a Dios y la debilidad de la carne. El cristiano no debe negar esa lucha ni fingir que no existe. Debe reconocerla con humildad y correr a Cristo.

La sinceridad delante de Dios es parte del camino de sanidad. Cuando la persona deja de justificar el error y empieza a decir: Señor, hay algo en mí que necesita ser transformado, entonces la gracia encuentra espacio para obrar. La lucha interior no debe llevarnos a la desesperación, sino a la dependencia.

4. La carne, el pecado y la necesidad de vigilancia

Pablo afirma que en la carne no habita ningún bien. Esto no significa que el ser humano no pueda hacer gestos externos de bondad, sino que la naturaleza humana, separada de la gracia, no tiene fuerza suficiente para vencer el dominio del pecado. La carne siempre intenta reclamar el control.

Esta lucha aparece en áreas pequeñas y grandes: en la ira, la murmuración, el orgullo, la codicia, la falta de perdón, la vanidad espiritual, la dureza del corazón, la forma en que tratamos a la familia, el tránsito, las palabras imprudentes, los juicios secretos y las reacciones que revelan lo que aún necesita ser tratado.

El problema es que muchas veces nos engañamos. Pensamos que estamos bien porque conocemos la verdad, participamos en reuniones, hablamos de Dios o defendemos principios correctos. Pero Romanos 7 nos recuerda que conocer la ley no es lo mismo que vencer la carne.

Por eso necesitamos vigilancia constante. No una vigilancia basada en miedo religioso, sino en humildad espiritual. Quien cree que ya no lucha contra el pecado ha comenzado a caer en otro pecado: el orgullo. Quien reconoce su propia debilidad permanece más cerca de la gracia.

5. El peligro del legalismo y la esperanza de la nueva alianza

Romanos 7 también denuncia el peligro del legalismo. Legalismo es intentar encontrar salvación, identidad o superioridad espiritual en el cumplimiento externo de reglas. La obediencia es importante, pero no salva. La ley es buena, pero no reemplaza a Cristo. Los mandamientos señalan el camino, pero no dan vida eterna por sí mismos.

En la nueva alianza, no somos llamados a despreciar la voluntad de Dios, sino a obedecer de otra manera: no como esclavos intentando comprar aceptación, sino como hijos alcanzados por la gracia. La obediencia cristiana nace del amor, de la fe y de la obra del Espíritu.

El antiguo régimen de la letra podía mostrar el pecado y condenar al transgresor. La vida en el Espíritu nos conduce a una obediencia interior, en la cual Dios trabaja en el corazón. La transformación no comienza solo en el comportamiento visible, sino en las raíces invisibles: deseos, pensamientos, afectos, intenciones y motivaciones.

Por eso, estar en Cristo es más que conocer una doctrina correcta. Es permanecer unido al Novio, a Aquel que nos rescató. Abandonar a Cristo para volver al mundo, al orgullo, a la autosuficiencia o a doctrinas que sustituyen la gracia es traicionar la esencia de la nueva alianza.

6. El clamor: ¿quién me libraré?

El punto más intenso del capítulo aparece en el clamor: ¡miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Esta pregunta no es teatral. Es el grito de alguien que reconoce que no puede salvarse a sí mismo.

Hay una gran liberación al llegar a ese lugar. Mientras alguien cree que puede vencer solo, todavía está confiando en la carne. Pero cuando reconoce su propia incapacidad, el alma se abre a la única respuesta suficiente.

Y Pablo responde: gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor. La liberación no viene de una técnica, de una apariencia religiosa, de un ritual externo o de una fuerza de voluntad aislada. La liberación viene de Cristo.

Jesús es la respuesta para la culpa revelada por la ley, para la esclavitud del pecado, para la debilidad de la carne y para la guerra interior. Él no solo perdona

el pasado; nos conduce a una nueva manera de vivir. El capítulo termina apuntando a la necesidad que Romanos 8 profundizará: la vida en el Espíritu.

7. Humildad, arrepentimiento y dependencia diaria

Romanos 7 enseña que el cristiano maduro no es quien finge no tener lucha, sino quien sabe dónde llevar su lucha. La lleva a Cristo. Confiesa, se arrepiente, pide ayuda, vuelve a la Palabra y depende del Espíritu Santo.

El arrepentimiento verdadero no es solamente sentir culpa. Es reconocer el error delante de Dios, abandonar las excusas, pedir perdón y buscar una nueva postura. Jesús dijo a la mujer perdonada: ve y no peques más. La gracia no nos llama a permanecer en el error, sino a levantarnos y caminar en novedad de vida.

Esto exige humildad. Quien dice que no tiene pecado se engaña a sí mismo. Quien afirma ser plenamente fuerte revela que aún no entendió la profundidad de su propia dependencia. La vida cristiana se vive de rodillas, con el corazón abierto delante de Dios.

Cada día trae oportunidades de obedecer o resistir, de reaccionar por la carne o por el Espíritu, de hablar vida o muerte, de alimentar el pecado o buscar santificación. Romanos 7 nos prepara para entender que la victoria no está en negar la batalla, sino en permanecer unidos a Cristo en medio de ella.

Lo que Romanos 7 revela sobre Dios

Romanos 7 revela que Dios es santo, justo y bueno. Su ley revela el pecado, no para destruir al arrepentido, sino para mostrar la necesidad de la gracia. Dios conoce la profundidad de la lucha humana y, en su misericordia, ofrece en Cristo la respuesta para aquello que la ley revela, pero no puede sanar.

Lo que Romanos 7 enseña para hoy

Romanos 7 enseña que no podemos vencer la carne solo con conocimiento, fuerza de voluntad o apariencia religiosa. Necesitamos a Cristo. El capítulo nos llama a abandonar el legalismo, reconocer nuestra lucha interior, vivir en arrepentimiento sincero y servir a Dios en novedad de espíritu.

Preguntas para reflexión

1. ¿He intentado vencer el pecado por la fuerza de la carne o por la dependencia de Cristo? 2. ¿Qué áreas de mi vida revelan la lucha entre el deseo de agradar a Dios y la debilidad de la carne? 3. ¿He usado la ley para justificarme o para reconocer mi necesidad de gracia? 4. ¿Qué todavía necesita morir en mí para que viva más unido a Cristo? 5. Cuando fallo, ¿huyo de Dios o corro hacia Él con arrepentimiento sincero?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 7 nos recuerda que la ley revela la herida, pero solo Cristo sana el corazón: nuestra esperanza no está en la fuerza de la carne, sino en la gracia que nos conduce a la vida en el Espíritu.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-4826125c-es>

Romanos 8: Vida en el Espíritu y el amor que nada puede separar

Texto base: Romanos 8 **Tema central:** Pablo anuncia la vida de los que están en Cristo: libres de condenación, guiados por el Espíritu, adoptados como hijos de Dios, sostenidos en la esperanza y seguros en el amor inseparable de Cristo.

Verdad principal: En Cristo no hay condenación; por el Espíritu recibimos vida, adopción, esperanza, intercesión y la certeza de que nada puede separarnos del amor de Dios.



1. Ninguna condenación para los que están en Cristo

Romanos 8 comienza como una proclamación de libertad. Después de mostrar la lucha interior del ser humano en Romanos 7, Pablo abre una ventana de esperanza: en Cristo, la condenación no tiene la última palabra. La persona que pertenece a Jesús ya no vive bajo el dominio de la culpa, del miedo y de la muerte espiritual. Ha sido introducida en una nueva realidad.

Esta libertad no significa que el cristiano se volvió incapaz de fallar. Todavía hay debilidades, tropiezos, arrepentimiento diario y luchas reales. La diferencia es que el error ya no define la identidad final de quien está en Cristo. El creyente no es guiado por la acusación, sino por la gracia que lo llama de vuelta al Padre.

Estar en Cristo es más que conocer una doctrina. Es vivir unido a Aquel que murió y resucitó. La ley revelaba el pecado, pero no podía liberar la carne. Dios hizo lo que la ley no podía hacer: envió a su Hijo, condenó el pecado en la carne y abrió un camino de vida por el Espíritu.

Por eso Romanos 8 no comienza con una orden, sino con una certeza. Antes de hablar de nuestro esfuerzo, Pablo habla de la obra de Dios. La vida cristiana nace de esta seguridad: no caminamos para ser aceptados; caminamos porque hemos sido recibidos en Cristo.

2. La carne y el Espíritu apuntan a destinos diferentes

Pablo contrasta dos inclinaciones: la inclinación de la carne y la inclinación del Espíritu. La carne representa la vida orientada por deseos, orgullo, miedo, autosuficiencia y valores pasajeros. El Espíritu representa la vida conducida por Dios, dirigida hacia aquello que agrada al Señor.

La inclinación de la carne produce muerte, porque aparta el corazón de Dios. Promete placer, control y autonomía, pero termina en esclavitud. Cuando la mente es dominada solo por las preocupaciones humanas, la vanidad, la ira, la ansiedad o el deseo de preservar el propio ego, se pierde la paz.

La inclinación del Espíritu es vida y paz. Esto no significa ausencia de problemas, cuentas, enfermedades, conflictos o pérdidas. Significa que, en medio de todo eso, existe una dirección superior. El Espíritu nos enseña a mirar la vida desde Dios, y no solo desde las circunstancias.

Vivir en el Espíritu es aprender a interrumpir el ciclo de la carne y volver al Padre. Cuando la ansiedad aprieta, la oración nos lleva de regreso al lugar correcto. Cuando la acusación intenta aplastarnos, la Palabra nos recuerda quiénes somos en Cristo. Cuando el mundo intenta gobernarnos, el Espíritu nos llama a una libertad más profunda.

3. Hijos, no esclavos

Una de las verdades más bellas de Romanos 8 es la adopción. Pablo dice que no recibimos espíritu de esclavitud para vivir otra vez en temor, sino el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre.

Esta verdad lo cambia todo. Dios no solo nos perdona como un juez que cancela una sentencia; Él nos recibe como Padre. El evangelio no termina en la absolución. Nos conduce a la casa, a la familia, a la intimidad y a la herencia.

Muchas veces el corazón humano lucha con la idea del merecimiento. La acusación pregunta: ¿quién eres tú para ser hijo de Dios? ¿Quién eres tú para recibir amor, perdón y herencia? Romanos 8 responde: somos hijos no porque lo merezcamos, sino porque fuimos adoptados por gracia. Nuestra filiación no nace de nuestra honra, sino de la misericordia del Padre.

El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Esa confirmación interior fortalece el alma en los días difíciles. Cuando la tribulación intenta robarnos la identidad, el Espíritu nos recuerda que tenemos un Padre, un Defensor y una herencia. Somos hijos, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

4. Sufrimiento presente y gloria futura

Romanos 8 no niega el sufrimiento. Al contrario, reconoce las aflicciones del tiempo presente. El cristiano puede llorar, enfermarse, enfrentar persecuciones, tensiones familiares, crisis financieras, dolores emocionales y momentos de debilidad. La fe no elimina automáticamente el dolor, pero cambia la forma en que el dolor es interpretado.

Pablo dice que las aflicciones del tiempo presente no se comparan con la gloria que será revelada. Esta esperanza no disminuye el dolor de ahora, pero coloca el dolor dentro de un horizonte eterno. El sufrimiento no es la palabra final sobre los hijos de Dios.

La creación también gime, esperando la redención. Hay algo en el mundo que todavía está quebrado: la naturaleza, el cuerpo, las relaciones, las sociedades y los corazones. Pero la esperanza cristiana no es una fuga de la realidad; es la certeza de que Dios está conduciendo toda la creación hacia la restauración.

Por eso esperamos con paciencia lo que aún no vemos. La esperanza bíblica no es fantasía. Es confianza en el carácter de Dios. Nos permite permanecer firmes cuando el presente todavía parece incompleto, porque sabemos que el Padre no abandonó la historia ni abandonó a sus hijos.

5. El Espíritu intercede cuando faltan las palabras

Hay momentos en que el alma no sabe orar. El dolor es demasiado profundo, la confusión demasiado grande, la debilidad demasiado real. Romanos 8 nos consuela diciendo que el Espíritu ayuda nuestras debilidades e intercede por nosotros con gemidos indecibles.

Esta es una de las imágenes más tiernas del cuidado de Dios. Cuando nuestras palabras fallan, el Espíritu no calla. Cuando no sabemos qué pedir, Él intercede conforme a la voluntad de Dios. El Padre conoce la intención del Espíritu y recibe aquello que no siempre conseguimos expresar.

Esto nos libra de la desesperación espiritual. La oración no depende solo de nuestra elocuencia, de nuestra fuerza emocional o de nuestra capacidad de organizar frases. A veces la oración es una lágrima, un silencio, un suspiro, una rendición. Y aun allí, Dios está presente.

Pablo también afirma que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios y son llamados conforme a su propósito. Esto no significa que todas las cosas sean buenas en sí mismas. Significa que Dios es poderoso para trabajar aun en los dolores, pérdidas y procesos difíciles, formando a Cristo en nosotros.

6. Más que vencedores en el amor inseparable de Cristo

El capítulo termina con una de las mayores declaraciones de seguridad de toda la Escritura. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? La base de esta confianza es el propio evangelio: Dios no escatimó a su Hijo, sino que lo entregó por nosotros. Si Él hizo eso, no dejará abandonados a sus hijos.

Pablo pregunta quién podrá acusar, condenar o separar a los escogidos de Dios. La respuesta es clara: Cristo murió, resucitó, está a la diestra de Dios e intercede por nosotros. Nuestra seguridad no está en la ausencia de oposición, sino en la presencia de un Salvador vivo.

Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada no tienen poder para separar al creyente del amor de Cristo. Las luchas pueden herir, cansar y probar la fe, pero no pueden cortar la alianza firmada en la sangre de Jesús.

Por eso somos más que vencedores, no porque nunca sufrimos, sino porque somos amados en medio del sufrimiento. Ni muerte ni vida, ni poderes visibles o

invisibles, ni presente ni futuro, ni altura ni profundidad, ni ninguna criatura puede separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Lo que Romanos 8 revela sobre Dios

Romanos 8 revela a Dios como Padre, Libertador, Consolador y Defensor. Él no solo perdona pecadores; los adopta como hijos, pone en ellos su Espíritu, los sostiene en la debilidad, intercede por ellos y los guarda en un amor que ninguna fuerza creada puede destruir.

Lo que Romanos 8 enseña para hoy

Romanos 8 enseña que la vida cristiana debe vivirse desde la identidad en Cristo. No caminamos como condenados, esclavos u huérfanos, sino como hijos guiados por el Espíritu. Aun en medio de dolores, luchas y limitaciones, podemos vivir con esperanza, paz y confianza en el amor inseparable de Dios.

Preguntas para reflexión

1. ¿He vivido como alguien libre en Cristo o todavía preso de la condenación y la acusación? 2. ¿Mi mente ha sido gobernada más por la carne o por el Espíritu? 3. ¿En qué situaciones necesito recordar que soy hijo de Dios y no esclavo del miedo? 4. ¿He llevado mis debilidades al Espíritu, aun cuando no sé cómo orar? 5. ¿Qué tribulación actual necesita ser vista a la luz de la gloria futura y del amor inseparable de Cristo?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 8 proclama que quien está en Cristo vive sin condenación, camina por el Espíritu, clama Abba Padre y descansa en el amor de Dios del cual ningún dolor, acusación o poder puede separarlo.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-5d6b87aa-es>

<https://godmakes.com/s/book-3fd56657-es>

Romanos 9: La soberanía de Dios y el llamado de la misericordia

Texto base: Romanos 9 **Tema central:** Pablo contempla su dolor por la incredulidad de Israel, la libertad soberana de la gracia de Dios, el llamado que alcanza a judíos y gentiles, y la justicia que solo puede recibirse por la fe. **Verdad principal:** La salvación no nace del linaje, del esfuerzo humano ni de las obras de la ley, sino de la misericordia soberana de Dios, recibida por la fe en Cristo, la piedra sobre la cual nadie que cree será avergonzado.



1. El dolor de Pablo por Israel

Romanos 9 comienza con un tono profundamente pastoral. Pablo no habla de Israel como alguien distante, frío o indiferente. Habla con dolor. Hay en él una tristeza continua por sus hermanos según la carne, el pueblo que recibió pactos, promesas, culto, ley, patriarcas y de quien, según la carne, vino el Cristo.

Ese dolor revela algo esencial del corazón cristiano: conocer la verdad no debe producir arrogancia, sino compasión. Pablo no se alegra por la incredulidad de sus compatriotas. No los trata como enemigos que deben ser vencidos, sino como personas amadas por quienes su corazón sufre.

La reflexión del capítulo muestra que el amor verdadero no se vuelve solamente hacia sí mismo. Pablo llega a expresar una disposición extrema a sufrir si eso pudiera alcanzar a sus hermanos. Esto recuerda el corazón de intercesores como Moisés, que también clamó por el pueblo cuando Israel cayó en idolatría.

Cristo, sin embargo, es el único que realmente pudo cargar el pecado de otros. Pablo podía predicar, sufrir, exhortar e interceder, pero solo Jesús podía entregarse de manera perfecta y eficaz por la salvación del pueblo. El dolor de Pablo apunta, por tanto, al amor mayor de Cristo, que no solo deseó salvar, sino que dio su propia vida.

2. La promesa no depende solo de la descendencia natural

Pablo afirma que no todos los que descienden de Israel son verdaderamente Israel en el sentido espiritual de la promesa. Esta afirmación no desprecia al pueblo judío, sino que muestra que la herencia de Dios nunca quedó reducida solamente a la sangre, la tradición o la posición externa.

Abraham tuvo descendencia, pero la promesa fue confirmada en Isaac. Isaac tuvo hijos, pero Dios escogió a Jacob antes de que los gemelos hubieran hecho bien o mal. Esto muestra que el propósito de Dios no queda prisionero del criterio humano del orden natural, la preferencia familiar, el mérito visible o la lógica social.

La historia de Jacob y Esaú es difícil porque toca el misterio de la elección divina. Nos obliga a reconocer que Dios ve más allá de lo que nosotros vemos. El ser humano mira nacimiento, fuerza, costumbre, apariencia y derecho aparente. Dios actúa según su propósito eterno.

Esto nos humilla y nos consuela. Nos humilla porque nadie puede exigir la gracia como deuda. Nos consuela porque nadie necesita nacer en el lugar correcto, poseer el linaje correcto o tener un historial perfecto para ser alcanzado por Dios. Los hijos de la promesa son aquellos a quienes Dios llama por su misericordia.

3. Misericordia, soberanía y el misterio del llamado

Romanos 9 nos pone delante de una frase que desafía la mente humana: Dios tendrá misericordia de quien quiera tener misericordia. Pablo insiste en que esto

no significa que haya injusticia en Dios. Al contrario, significa que Dios es libre para actuar con misericordia sin estar subordinado al orgullo humano.

La misericordia no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que se compadece. Esto no anula la responsabilidad humana, pero destruye la idea de que alguien pueda controlar a Dios por esfuerzo, posición, tradición o mérito religioso. La salvación es gracia antes de ser respuesta humana.

El ejemplo de Faraón aparece como recordatorio de que Dios es capaz de manifestar su poder incluso en medio de la resistencia humana. El endurecimiento del corazón de Faraón se convierte en escenario donde Dios revela su gloria, libera a su pueblo y hace conocido su nombre en la tierra.

Este punto debe leerse con reverencia. Romanos 9 no nos autoriza a culpar a Dios por nuestros pecados ni a usar la soberanía divina como excusa para el mal. El texto nos llama a reconocer que Dios es tan soberano que ni siquiera la oposición humana puede impedir sus propósitos.

4. El alfarero y los vasos: humildad delante de Dios

Pablo usa la imagen del alfarero y el barro para responder a la pregunta humana: si Dios actúa soberanamente, ¿por qué todavía reprende? La respuesta no resuelve todo el misterio de forma matemática; nos coloca en el lugar correcto. El barro no está por encima del alfarero.

Esta imagen enseña humildad. Hay momentos en que la criatura quiere poner al Creador en el banquillo, como si Dios tuviera que justificar cada detalle ante nuestra comprensión limitada. Romanos 9 nos recuerda que Dios es justo incluso cuando no conseguimos entender plenamente sus caminos.

El alfarero tiene autoridad sobre la masa. Conoce el propósito del vaso, la presión necesaria, el tiempo del horno y la forma final que desea producir. Así también Dios trabaja con la historia, con pueblos, con personas y aun con situaciones difíciles para manifestar tanto su justicia como su misericordia.

Esta verdad no debe producir frialdad, sino confianza. Cuando no entendemos todo, todavía podemos descansar en el carácter de Dios. Él no es caprichoso, injusto ni cruel. Es santo, sabio, paciente y misericordioso. La pregunta correcta no

es “¿por qué Dios no hace las cosas como yo las haría?”, sino “Señor, ¿cómo puedo confiar en Ti y permanecer fiel?”.

5. Llamados de entre judíos y gentiles

Pablo muestra que los vasos de misericordia no vienen solamente de entre los judíos, sino también de entre los gentiles. Aquellos que no eran llamados pueblo de Dios pasan a ser llamados pueblo de Dios. Aquellos que no eran amados reciben el nombre de amados. Donde se decía “no sois mi pueblo”, ahora se declara “hijos del Dios vivo”.

Esta es una de las grandes bellezas del evangelio. Dios extiende su misericordia más allá de las fronteras esperadas. La gracia alcanza a quien parecía estar fuera, llama a quien parecía distante y acoge a quien no poseía las señales externas del antiguo pacto.

Al mismo tiempo, Pablo habla de un remanente de Israel. Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, el remanente sería salvo. Esta idea muestra que Dios preserva para sí un pueblo fiel, aun en tiempos de incredulidad, crisis y confusión espiritual.

La esperanza del remanente también nos habla hoy. No basta estar cerca de símbolos religiosos, participar en tradiciones o llevar un nombre espiritual. Es necesario permanecer por la fe, responder a la misericordia y no cambiar a Dios por ídolos visibles o invisibles que esclavizan el corazón.

6. La piedra de tropiezo y la justicia por la fe

El capítulo termina contrastando a los gentiles e Israel. Los gentiles, que no buscaban la justicia por la ley, alcanzaron la justicia que viene de la fe. Israel, buscando una ley de justicia, no la alcanzó porque la buscó como si fuera por obras, y no por fe.

Aquí está una de las claves de Romanos: la justicia de Dios no se conquista como trofeo religioso. Se recibe por la fe. Cuando una persona intenta apoyarse en su propio desempeño, su tradición o su capacidad de cumplir reglas, Cristo se vuelve piedra de tropiezo.

La piedra de tropiezo también es la roca de salvación. Para quien intenta controlar a Dios por obras, Cristo escandaliza. Para quien cree, Cristo sostiene. El mismo

Jesús ante quien algunos caen es Aquel en quien los que confían jamás serán avergonzados.

Por eso Romanos 9 no termina en desesperación, sino en invitación. El camino no es orgullo, mérito ni autosuficiencia. El camino es la fe. Dios llama, Dios tiene misericordia, Dios incluye, Dios preserva un remanente y Dios coloca a Cristo como fundamento seguro para todos los que creen.

Lo que Romanos 9 revela sobre Dios

Romanos 9 revela a Dios como soberano, misericordioso, fiel y justo. Él no está limitado por la descendencia natural, el mérito humano ni la lógica de las apariencias. Llama según su propósito, preserva su promesa, usa incluso situaciones difíciles para manifestar su gloria y abre la puerta de la misericordia a judíos y gentiles.

Lo que Romanos 9 enseña para hoy

Romanos 9 enseña que la fe cristiana debe producir compasión por los que aún no creen, humildad ante los misterios de Dios y confianza en la misericordia divina. También nos advierte contra la idolatría del mérito, de la tradición o de la religiosidad externa. La salvación se recibe por la fe en Cristo, no se conquista por la fuerza de las obras.

Preguntas para reflexión

1. ¿El dolor de Pablo por los que no creen también existe en mi corazón? 2. ¿He tratado la gracia de Dios como misericordia recibida o como algo que creo merecer? 3. ¿En qué áreas todavía discuto con Dios como si yo entendiera más que el Alfarero? 4. ¿Existe alguna forma de idolatría, orgullo religioso o confianza en obras ocupando el lugar de la fe? 5. ¿Cristo ha sido para mí piedra de tropiezo o roca segura de confianza?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 9 nos llama a abandonar el orgullo de las obras, inclinarnos delante de la soberanía de Dios y confiar en Cristo, la roca puesta por Dios, en quien todo aquel que cree jamás será avergonzado.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-4e16288e-es>

Romanos 10: La justicia por la fe y los pies que anuncian la paz

Texto base: Romanos 10 **Tema central:** Pablo muestra que el celo religioso sin entendimiento puede alejar el corazón de la justicia de Dios, mientras que la salvación se recibe por la fe en Cristo, se confiesa con la boca y se anuncia al mundo. **Verdad principal:** La justicia de Dios no se conquista por la justicia propia humana, sino que se recibe por la fe en Jesucristo; por eso, todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.



1. Celo por Dios, pero sin entendimiento

Romanos 10 continúa el dolor de Pablo por Israel. Él no habla de su pueblo con desprecio, sino con oración. El deseo de su corazón era que Israel fuera salvo. Esto revela que la verdad bíblica nunca debe endurecernos contra quienes todavía no han entendido el evangelio.

Pablo reconoce que tenían celo por Dios. El problema no era la falta de religiosidad, disciplina o esfuerzo. El problema era que ese celo no estaba unido al entendimiento de la justicia de Dios. Había dedicación, pero una dedicación construida sobre el intento de establecer su propia justicia.

Esta advertencia es muy actual. Una persona puede tener celo, tradición, costumbres, conocimiento religioso, actividad en la iglesia y aun así resistir la justicia que viene de Dios. Cuando el corazón intenta probar su valor delante de Dios por medio del desempeño, pierde de vista la gracia.

El celo sin entendimiento puede convertirse en orgullo espiritual. La persona empieza a confiar más en lo que hace que en lo que Cristo hizo. Romanos 10 nos llama a abandonar la justicia propia y a someternos humildemente a la justicia de Dios revelada en Jesús.

2. Cristo es el fin de la ley para todo aquel que cree

Pablo afirma que Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. Esto no significa que Jesús destruyó la santidad de Dios, sino que Él es el cumplimiento, la meta y la consumación de aquello hacia lo cual la ley apuntaba.

La ley muestra el estándar de Dios, revela el pecado y expone la incapacidad humana. Pero la ley no puede transformar el corazón por sí misma. Cristo vino a cumplir lo que nosotros no podíamos cumplir y a abrir el camino de la justicia por la fe.

Por eso Pablo contrasta la justicia basada en la ley con la justicia basada en la fe. La fe no necesita subir al cielo para traer a Cristo, ni descender al abismo para resucitarlo. Cristo ya vino. Cristo ya murió. Cristo ya resucitó. La obra necesaria para la salvación ya fue realizada.

La palabra está cerca: en la boca y en el corazón. El evangelio no es una escalera imposible que el ser humano sube hasta Dios. Es Dios acercándose a nosotros en Cristo y llamándonos a creer, confesar y vivir por la fe.

3. Creer con el corazón y confesar con la boca

Romanos 10 presenta una de las declaraciones más claras sobre la salvación: si confesamos con nuestra boca que Jesús es el Señor y creemos en nuestro corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, seremos salvos.

Esta confesión no es solo repetir una frase. Confesar a Jesús como Señor es reconocer su autoridad, su obra, su resurrección y su gobierno sobre la vida. Es declarar que Él no es solo un maestro, profeta o ejemplo moral, sino el Señor vivo.

Creer con el corazón es más que aceptar una información. Es confiar. Es descansar en la obra de Cristo. Es reconocer que la resurrección no es un detalle secundario, sino el sello de Dios sobre la victoria de Jesús contra el pecado y la muerte.

Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación. El corazón y la boca caminan juntos. Una fe verdadera nace dentro, pero también se manifiesta fuera. Quien fue alcanzado por Cristo no guarda esta verdad como algo escondido; confiesa, testifica y vive delante de Dios y de los hombres.

4. No hay distinción: todo aquel que invoque será salvo

Pablo declara que no hay distinción entre judío y griego, porque el mismo Señor es rico para con todos los que lo invocan. Esta frase rompe barreras de linaje, cultura, mérito, tradición e historia personal.

El evangelio no pertenece a un grupo cerrado. La salvación no es privilegio de una etnia, de una clase o de una historia religiosa específica. El mismo Señor llama a todos los que invocan su nombre con fe.

Esto no disminuye la historia de Israel, sino que revela la amplitud de la promesa de Dios. Los que estaban lejos también son llamados a acercarse. Los que no conocían la ley también pueden recibir la gracia. Los que parecían improbables pueden ser alcanzados por la misericordia.

Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. Esta es una de las grandes esperanzas de Romanos 10. No importa cuán lejos alguien parezca estar, la puerta de la salvación está abierta en Cristo para todo corazón que se rinde a Él.

5. ¿Cómo oirán si no hay quien predique?

Después de hablar de la salvación por la fe, Pablo muestra la responsabilidad de la proclamación. ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán si no hay quien predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?

La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo. Dios usa voces humanas para llevar el mensaje divino. Él podría anunciar su verdad de cualquier manera, pero decidió involucrar a su pueblo en la misión.

Por eso la Escritura dice: cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas nuevas. Los pies son hermosos no por apariencia, sino porque llevan un mensaje de vida. Son pies que caminan para llevar paz, esperanza, arrepentimiento y salvación.

Esto nos desafía. Si creemos que Jesús salva, no podemos vivir como si nadie necesitara oír. La misión cristiana no es solo defender ideas religiosas; es anunciar a Cristo. Es llevar la buena noticia a quien todavía no la conoce, con amor, humildad y valentía.

6. Oír no es lo mismo que obedecer

Pablo también reconoce que no todos obedecieron al evangelio. El mensaje fue anunciado, pero muchos permanecieron resistentes. Israel oyó, pero no siempre recibió. Dios extendió sus manos a un pueblo rebelde y contradictor.

Este punto es serio. Oír la Palabra no garantiza transformación si el corazón permanece cerrado. Es posible estar cerca de la verdad, escuchar muchos mensajes, conocer textos bíblicos y aun así resistir la voz de Dios.

Al mismo tiempo, Romanos 10 revela la paciencia de Dios. Él extiende sus manos. Él llama. Él insiste. Él es hallado por los que no lo buscaban y se manifiesta a los que no preguntaban por Él. Su gracia es más amplia que nuestras fronteras.

El capítulo termina con una invitación al corazón: no basta tener celo religioso, no basta oír, no basta conocer el lenguaje de la fe. Es necesario rendirse a Cristo, creer con el corazón, confesar con la boca y responder a la voz de Dios con obediencia.

Lo que Romanos 10 revela sobre Dios

Romanos 10 revela a Dios como justo, misericordioso, cercano y misionero. Él no esconde la salvación en lugares inalcanzables, sino que la acerca a nosotros en Cristo. Él salva a todos los que invocan su nombre y envía mensajeros para que el mundo oiga las buenas nuevas.

Lo que Romanos 10 enseña para hoy

Romanos 10 enseña que el celo religioso sin entendimiento puede alejarnos de la gracia. También enseña que la salvación se recibe por la fe en Jesús, se confiesa

con la boca y se vive en obediencia. Y nos recuerda que, si la fe viene por el oír, debemos anunciar la Palabra con amor y fidelidad.

Preguntas para reflexión

1. ¿Estoy confiando en la justicia de Cristo o todavía intento establecer mi propia justicia? 2. ¿Mi celo por Dios está acompañado de entendimiento, humildad y gracia? 3. ¿Confieso a Jesús solo con palabras o mi vida también declara que Él es Señor? 4. ¿Quién necesita escuchar de mí las buenas nuevas de Cristo? 5. ¿Escucho la Palabra con obediencia o solo acumulo conocimiento religioso?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 10 nos llama a abandonar la justicia propia, creer con el corazón, confesar a Jesús como Señor y llevar con alegría las buenas nuevas a quienes todavía necesitan oír.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-76658098-es>

Romanos 11: El olivo, el remanente y la misericordia de Dios

Texto base: Romanos 11 **Tema central:** Pablo muestra que Dios no rechazó a Israel, preservó un remanente por gracia, abrió la puerta de la salvación a los gentiles y conduce la historia para revelar su misericordia y su sabiduría. **Verdad principal:** Dios es fiel a sus promesas: preserva un remanente, injerta por gracia a los que estaban lejos, llama a todos a la humildad y coloca la historia bajo la misericordia revelada en Cristo.



1. Dios no rechazó a su pueblo

Romanos 11 comienza con una pregunta directa: ¿ha rechazado Dios a su pueblo? Pablo responde con firmeza: de ningún modo. La incredulidad de muchos en Israel no significaba que Dios hubiera abandonado su pacto, su fidelidad o su propósito.

Pablo se presenta a sí mismo como ejemplo. Era israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. El propio apóstol, que antes perseguía a la iglesia, había sido alcanzado por la gracia. Su vida era una prueba viva de que Dios todavía llamaba, todavía salvaba y todavía obraba en medio de su pueblo.

El capítulo nos impide mirar a Israel con desprecio. Pablo no habla de una sustitución arrogante, sino de misterio, misericordia y fidelidad. La historia de Dios

con Israel no terminó en un rechazo absoluto. Aunque muchos endurecieron el corazón, Dios siguió preservando a los suyos.

Esta verdad también nos habla hoy. Cuando miramos una generación confundida, familias resistentes o personas aparentemente lejanas, no debemos concluir que Dios terminó su obra. Dios conoce a los que son suyos, conoce los corazones y sigue obrando aun donde nuestros ojos solo ven incredulidad.

2. El remanente elegido por gracia

Pablo recuerda a Elías. El profeta pensó que estaba solo. Vio idolatría, persecución, altares derribados y profetas muertos. En su dolor, llegó a creer que no quedaba nadie fiel. Pero Dios le reveló que aún había siete mil que no se habían arrodillado ante Baal.

Ese recuerdo es precioso. Dios siempre preserva un remanente. Aunque la mayoría parezca alejarse, aunque la fidelidad parezca pequeña, aunque el pueblo de Dios parezca invisible, el Señor conoce a los que permanecen delante de Él.

Sin embargo, el remanente no existe por mérito propio. Pablo dice que es según la elección de la gracia. Si es por gracia, ya no es por obras; si fuera por obras, la gracia dejaría de ser gracia. La fidelidad de los que permanecen es, antes que nada, fruto de la misericordia de Dios.

Esto nos protege de dos errores. El primero es la desesperación, como si estuviéramos solos. El segundo es el orgullo, como si permaneciéramos firmes por superioridad propia. Romanos 11 nos llama a descansar en la gracia que preserva y a reconocer que toda perseverancia verdadera viene de Dios.

3. La caída de Israel y la entrada de los gentiles

Pablo explica que el tropiezo de Israel no tenía como propósito una caída definitiva. Por su transgresión, la salvación llegó a los gentiles. Los que estaban fuera fueron alcanzados. Los que no pertenecían naturalmente a la historia de Israel fueron invitados a participar de la riqueza de la promesa.

Esto revela la sabiduría de Dios. El pecado humano no puede frustrar los planes divinos. Dios puede transformar incluso el rechazo, la dureza y la incredulidad en ocasión para que su misericordia llegue más lejos.

Pero Pablo no presenta la entrada de los gentiles como motivo de orgullo. Al contrario, debe producir humildad. Los gentiles fueron alcanzados por gracia, no por superioridad espiritual. Fueron invitados a participar de la raíz, no a despreciar las ramas naturales.

Aquí hay una advertencia importante para la iglesia. Cuando alguien es alcanzado por Dios, no debe mirar con arrogancia a quien tropezó. La gracia recibida nunca debe convertirse en soberbia. Quien fue injertado por misericordia solo puede vivir con gratitud, temor reverente y amor por los que todavía necesitan volver.

4. El olivo, las ramas y el peligro de la soberbia

La imagen del olivo es una de las más fuertes de Romanos 11. Algunas ramas naturales fueron desgajadas por causa de la incredulidad, y ramas de olivo silvestre fueron injertadas. Los gentiles comenzaron a participar de la raíz y de la savia del olivo.

Pero Pablo advierte de inmediato: no te jactes contra las ramas. La rama no sostiene a la raíz; la raíz sostiene a la rama. Esta frase destruye todo orgullo espiritual. Nadie está firme porque sea mejor. Está firme por la fe, sostenido por una historia, una promesa y una misericordia que vienen de Dios.

La raíz apunta a la fidelidad de Dios, a las promesas hechas a los patriarcas y al propósito que culmina en Cristo. Los gentiles no crearon el árbol. Fueron injertados en él. Por eso, participar de la gracia no nos da derecho a despreciar la historia que Dios condujo.

El texto también habla de la bondad y la severidad de Dios. Bondad para con los que permanecen en la fe; severidad para con la incredulidad endurecida. Esto no debe producir miedo paralizante, sino reverencia. La fe verdadera camina con humildad, gratitud y perseverancia.

5. Dios es poderoso para injertarlos de nuevo

Romanos 11 no cierra la puerta para Israel. Pablo afirma que, si las ramas naturales no permanecen en incredulidad, serán injertadas de nuevo, porque Dios es poderoso para hacerlo. Aquello que parecía cortado puede ser restaurado por la misericordia divina.

Esta afirmación trae esperanza. Dios no trabaja solo con comienzos; también trabaja con restauraciones. Él puede traer de vuelta a quien se alejó, encender de nuevo la fe donde había dureza y dar vida donde parecía haber solo pérdida.

La imagen del olivo muestra que la restauración de Israel no es imposible. Si Dios injertó a los gentiles, que eran como olivo silvestre, cuánto más puede injertar de nuevo las ramas naturales en su propio olivo. La gracia que alcanzó a los de fuera también puede restaurar a los de dentro.

Esto nos enseña a orar por quienes parecen lejos. No debemos decretar el final de nadie. Mientras haya vida, hay posibilidad de arrepentimiento, regreso e injerto. Dios sigue siendo poderoso para traer de vuelta, sanar, restaurar y reconciliar.

6. El misterio, la misericordia y la profundidad de Dios

En la parte final, Pablo habla de un misterio: una parte de Israel experimentó endurecimiento hasta que entrara la plenitud de los gentiles. Luego señala la fidelidad de Dios a sus promesas y la esperanza de misericordia sobre Israel.

Este pasaje debe leerse con reverencia. Pablo no transforma el misterio en curiosidad fría. No nos invita a especular con orgullo, sino a adorar. La historia de la salvación es mayor que nuestra capacidad de dominar todos los detalles.

El punto central es la misericordia. Dios encerró a todos en desobediencia para tener misericordia de todos. Judíos y gentiles, religiosos y lejanos, naturales e injertados, todos dependen de la gracia. Nadie permanece de pie por sí mismo.

Por eso el capítulo termina en adoración: ¡oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! Cuando Pablo contempla el plan de Dios, no termina con vanidad intelectual, sino con alabanza. El misterio que no podemos controlar debe llevarnos a la confianza, la humildad y la adoración.

Lo que Romanos 11 revela sobre Dios

Romanos 11 revela a Dios como fiel, sabio, severo contra la incredulidad, bondadoso con los que permanecen, poderoso para restaurar y rico en misericordia. Él no abandona sus promesas, preserva un remanente, alcanza a los gentiles y conduce la historia para que toda gloria pertenezca a Él.

Lo que Romanos 11 enseña para hoy

Romanos 11 enseña que nadie debe gloriarse delante de Dios. Si estamos firmes, es por gracia. Si fuimos injertados, es por misericordia. Si otros cayeron, debemos temer, orar y amar, no despreciar. El capítulo también nos llama a confiar en que Dios todavía puede restaurar personas, familias y pueblos que parecen distantes.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Miro a los que aún no creen con compasión o con superioridad? 2. ¿Reconozco que permanezco firme por gracia y no por mérito propio? 3. ¿En qué áreas puedo estar jactándome contra otras ramas en vez de agradecer por la raíz que me sostiene? 4. ¿Hay alguien a quien dejé de considerar alcanzable, pero por quien Dios todavía me llama a orar? 5. ¿El misterio de los caminos de Dios me lleva a la arrogancia, a la ansiedad o a la adoración?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 11 nos enseña que somos sostenidos por la raíz de la gracia, llamados a la humildad e invitados a adorar al Dios cuya sabiduría es profunda, cuya fidelidad permanece y cuya misericordia todavía injerta, restaura y salva.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-e7a43934-es>

<https://godmakes.com/s/book-ba7af46d-es>

Romanos 12: Culto vivo, mente renovada y amor que vence el mal

Texto base: Romanos 12 **Tema central:** Pablo muestra que la gracia recibida en Cristo debe convertirse en una vida ofrecida a Dios: mente renovada, humildad, servicio en el cuerpo de Cristo, amor sincero y una respuesta santa ante el mal.

Verdad principal: La vida cristiana verdadera no es solo una fe declarada, sino una entrega diaria: el cuerpo se ofrece como culto vivo, la mente es renovada por la voluntad de Dios, los dones sirven al prójimo y el amor vence el mal con el bien.



1. Un cuerpo ofrecido como culto vivo

Romanos 12 marca un giro importante en la carta. Después de explicar la gracia, la fe, la justificación, la misericordia y los caminos profundos de Dios, Pablo muestra cómo esa verdad debe hacerse práctica. La doctrina recibida debe convertirse en vida entregada.

Por eso comienza llamando a los creyentes a presentar sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. En el Antiguo Testamento, el sacrificio era puesto sobre el altar. Ahora, en Cristo, el altar es la vida entera. No ofrecemos a Dios solo un momento religioso, sino el cuerpo, los pensamientos, las actitudes, las relaciones, las decisiones y los dones.

Este es el culto racional. No es una emoción pasajera ni solamente una ceremonia. Es una respuesta consciente a la misericordia de Dios. Quien fue alcanzado por la gracia ya no vive para sí mismo. El cuerpo que antes servía a los deseos de la carne ahora es puesto al servicio del Señor.

Esto cambia nuestra comprensión de la adoración. La adoración no ocurre solamente cuando cantamos o nos reunimos. También ocurre cuando servimos con humildad, perdonamos, trabajamos con integridad, cuidamos a alguien, usamos nuestros dones para edificar y escogemos obedecer a Dios en lo cotidiano.

2. La mente renovada y la voluntad de Dios

Pablo continúa: no os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento. El mundo intenta moldearnos desde afuera con valores, ambiciones, vanidad, orgullo, venganza, competencia y deseo de posición. Dios, sin embargo, transforma desde dentro.

La renovación de la mente es una obra continua. No sucede solo porque escuchamos un mensaje una vez. Sucede cuando la Palabra empieza a reorganizar nuestra manera de pensar, reaccionar, escoger e interpretar la vida. La mente renovada deja de preguntar solo “¿qué quiero yo?” y comienza a preguntar: “¿qué agrada a Dios?”.

Cuando la mente es renovada, comenzamos a discernir la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios. No porque controlemos todo, sino porque aprendemos a reconocer el camino del Señor. La voluntad de Dios deja de ser una idea lejana y se convierte en dirección para la vida real.

Este discernimiento también exige humildad. Hay misterios que no dominamos, situaciones que no comprendemos plenamente y caminos que solo Dios conoce. La mente renovada no se vuelve arrogante; se vuelve reverente. Aprende a confiar, obedecer y caminar con Dios aunque no todo esté explicado.

3. Humildad en el uso de los dones

Después de hablar de la mente renovada, Pablo habla de humildad. Advierte que nadie debe tener un concepto de sí más alto del que debe tener. Esta advertencia es necesaria porque incluso los dones espirituales pueden ser corrompidos por el orgullo.

En el cuerpo de Cristo hay muchos miembros y diferentes funciones. No todos hacen lo mismo, pero todos son necesarios. Así como el cuerpo humano necesita ojos, manos, pies, oídos y órganos internos, la iglesia necesita personas con dones, funciones y formas de servicio diferentes.

Pablo menciona profecía, ministerio, enseñanza, exhortación, generosidad, liderazgo y misericordia. Cada don debe usarse conforme a la gracia recibida. El don no es un trofeo personal; es una herramienta de servicio. No existe don para la vanagloria. Todo don recibido de Dios debe volver a Dios edificando al prójimo.

Aquí aparece un punto precioso: servir también es un don. Muchos desean dones visibles, posiciones destacadas o funciones reconocidas. Pero el Reino de Dios valora el servicio escondido, la dedicación fiel, el vaso de agua entregado, la puerta abierta, el sonido preparado, el niño enseñado, el lugar limpio, la visita realizada y la misericordia practicada con alegría.

4. Amor sin fingimiento

La segunda parte del capítulo muestra cómo debe vivirse el amor cristiano. Pablo dice que el amor sea sin fingimiento. Esto significa que el amor no puede ser solo discurso, apariencia o cordialidad superficial. El amor cristiano debe ser verdadero.

Este amor aborrece lo malo y se aferra a lo bueno. Amar no es llamar bueno a lo malo ni aceptar todo sin discernimiento. El amor de Dios es santo. Acoge, corrige, sirve, protege y conduce a la verdad. Por eso el cristiano es llamado a amar con sinceridad y, al mismo tiempo, rechazar lo que destruye el alma.

Pablo también habla de amor fraternal, honra, celo, fervor espiritual, servicio al Señor, esperanza, paciencia en la tribulación, perseverancia en la oración y hospitalidad. Todo esto muestra que la vida cristiana no es solo una creencia individual; es una vida compartida.

La comunidad cristiana debe ser un lugar de cuidado real. Honrarnos unos a otros, compartir con quien tiene necesidad, acoger, perseverar y orar son señales de una fe viva. La gracia que nos alcanzó debe pasar por nosotros y alcanzar a otros.

5. La respuesta cristiana ante la persecución

Romanos 12 se vuelve aún más desafiante cuando Pablo dice: bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. Esta palabra confronta la reacción natural

de la carne. Cuando somos heridos, queremos responder. Cuando sufrimos injusticia, queremos devolver. Cuando somos perseguidos, queremos maldecir.

Pero Cristo nos llama a otro camino. La respuesta del discípulo no es la venganza, sino la bendición. Esto no significa aprobar el mal ni fingir que el dolor no existe. Significa entregar la justicia en las manos de Dios y no permitir que el mal del otro gobierne nuestro corazón.

Pablo también dice: gozaos con los que se gozan y llorad con los que lloran. El amor cristiano entra en la vida del otro. No es frío, indiferente ni distante. Participa de la alegría y del dolor. Se acerca.

Después, Pablo llama a la humildad: no seáis sabios en vuestra propia opinión. La vida en el cuerpo de Cristo exige sencillez, empatía y disposición para caminar con personas diferentes. Donde hay soberbia, el amor se vuelve imposible. Donde hay humildad, la comunión florece.

6. Vencer el mal con el bien

El capítulo termina con una de las frases más fuertes de la vida cristiana: no seas vencido por el mal, sino vence el mal con el bien. El mal intenta vencernos de dos maneras: primero hiriéndonos, y luego intentando transformarnos en aquello que nos hirió.

Cuando respondemos mal por mal, el mal venció dos veces. Pero cuando respondemos con el bien, la gracia de Dios interrumpe el ciclo de la venganza. La bondad cristiana no es debilidad. Es fuerza espiritual gobernada por el Espíritu Santo.

Pablo dice que no nos vengamos, sino que dejemos lugar a la ira de Dios. La justicia final pertenece al Señor. Esto nos libera del peso de querer controlar el pago de cada ofensa. Dios ve, Dios sabe, Dios juzga y Dios también ofrece arrepentimiento.

Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. Si tiene sed, dale de beber. Esta palabra revela la radicalidad del evangelio. Amar al amigo es natural. Servir al enemigo es señal de que la vida de Cristo está siendo formada en nosotros.

Lo que Romanos 12 revela sobre Dios

Romanos 12 revela a Dios como aquel que recibe nuestra vida entera como culto, renueva nuestra mente, distribuye dones por gracia, forma un solo cuerpo en Cristo y nos capacita para amar de manera sobrenatural. Él no solo nos salva de la condenación; nos enseña a vivir como personas renovadas.

Lo que Romanos 12 enseña para hoy

Romanos 12 enseña que la fe debe aparecer en el cuerpo, la mente, los dones, el servicio, las relaciones y la forma en que respondemos al mal. La vida cristiana no es conformidad con el mundo, sino transformación. No es búsqueda de destaque, sino servicio. No es venganza, sino amor que vence el mal con el bien.

Preguntas para reflexión

1. ¿He ofrecido a Dios solo momentos religiosos o mi vida entera como culto vivo?
2. ¿En qué áreas mi mente todavía está siendo moldeada por el mundo y necesita ser renovada por la Palabra?
3. ¿Uso mis dones para servir o para buscar reconocimiento?
4. ¿Puedo valorar los servicios discretos y simples como partes importantes del cuerpo de Cristo?
5. ¿Cómo reacciono cuando soy herido, contrariado o tratado injustamente?
6. ¿Hay alguien a quien Dios me llama a bendecir en vez de maldecir?
7. ¿Qué bien puedo practicar hoy para interrumpir un ciclo de mal?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 12 nos llama a poner la vida entera en el altar de Dios, a dejar que la mente sea renovada por Cristo, a servir con humildad y a vivir un amor tan verdadero que no se deja vencer por el mal, sino que vence el mal con el bien.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-7f8db6e3-es>

Romanos 13: Autoridad, amor y la luz de Cristo

Texto base: Romanos 13 **Tema central:** Pablo muestra cómo la vida transformada por el evangelio se expresa ante las autoridades, en las responsabilidades públicas, en el amor al prójimo y en la vigilancia espiritual de quienes ya viven en la luz de Cristo. **Verdad principal:** El cristiano está llamado a vivir con conciencia delante de Dios: respetando el orden, practicando el bien, pagando lo debido, amando al prójimo como cumplimiento de la ley y revistiéndose de Cristo para andar como hijo de la luz.



1. Una fe que también aparece en la vida pública

Romanos 13 continúa la aplicación práctica que comenzó en el capítulo anterior. Después de hablar del culto vivo, la mente renovada, los dones, la humildad, el amor sincero y la respuesta cristiana ante el mal, Pablo lleva ahora esa vida transformada a la esfera pública. La fe no queda limitada al templo, a la oración o a la comunión entre hermanos. También aparece en la manera en que tratamos con leyes, autoridades, impuestos, honra, respeto, convivencia y responsabilidad social.

Pablo comienza diciendo que toda persona debe someterse a las autoridades superiores. Esta palabra puede ser difícil, especialmente cuando pensamos en

autoridades imperfectas, injustas o incluso corrompidas. Pero el principio presentado es que Dios es Dios de orden. La vida en sociedad necesita límites, responsabilidad y justicia. Sin eso, el pecado humano convierte la libertad en confusión, la fuerza en abuso y la convivencia en amenaza.

La autoridad, cuando cumple su vocación legítima, existe para frenar el mal y proteger el bien. No es absoluta, no es divina en sí misma y no sustituye a Dios. Pero el orden civil, cuando actúa correctamente, sirve como instrumento de contención del caos. Por eso, el cristiano no debe vivir como alguien que desprecia la responsabilidad pública. Obedecer leyes justas, respetar autoridades, cumplir deberes y actuar con integridad también forman parte del testimonio cristiano.

Esto nos recuerda que la espiritualidad verdadera no nos vuelve irresponsables con la vida común. Al contrario, quien pertenece a Cristo debe ser conocido por una conciencia sensible, una postura recta y una vida que no busca atajos para escapar de lo justo.

2. Dar a cada uno lo que corresponde

Pablo habla de tributo, impuesto, respeto y honra. Aquí encontramos una espiritualidad muy concreta. El evangelio no nos enseña solamente a cantar, orar y estudiar; nos enseña a pagar lo debido, honrar a quien debe ser honrado y vivir sin rebeldía gratuita.

Jesús ya había enseñado: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Esta frase no divide la vida en dos partes independientes, como si una perteneciera al mundo y otra a Dios. Más bien, muestra que aun lo que damos al César debe hacerse delante de Dios. Los impuestos, la honra, la responsabilidad y la obediencia civil no están fuera de la mirada del Señor.

Al mismo tiempo, la frase de Jesús también pone un límite: César no es Dios. La autoridad humana recibe honra relativa; Dios recibe adoración absoluta. El cristiano no debe despreciar el orden civil, pero tampoco puede convertir ninguna autoridad humana en ídolo. Toda autoridad está debajo de la autoridad mayor del Señor.

Por eso, existe una diferencia entre obediencia responsable y obediencia ciega. Cuando una autoridad cumple su función justa, el cristiano debe respetar, cooperar y hacer el bien. Pero cuando una autoridad exige que el siervo de Dios

peque, niegue la fe o practique el mal, la obediencia a Dios viene antes que la obediencia a los hombres. Las parteras hebreas, Daniel, los amigos de Daniel y los apóstoles muestran que la fidelidad a Dios puede requerir valentía ante órdenes injustas.

Aun así, el espíritu del cristiano no debe ser de arrogancia, revuelta carnal o deseo de destrucción. La postura del discípulo debe unir discernimiento, mansedumbre, valentía y temor de Dios. Él sabe que Dios está por encima de toda autoridad y que toda rendición final de cuentas será delante del Señor.

3. La conciencia delante de Dios

Pablo afirma que la sujeción no debe ocurrir solamente por miedo al castigo, sino también por causa de la conciencia. Esta es una clave importante. El cristiano no hace el bien solo porque teme la sanción. Hace el bien porque su conciencia fue alcanzada por Dios.

Una persona puede obedecer exteriormente y aun así tener un corazón rebelde. Puede cumplir una regla solo para evitar multa, prisión, vergüenza o exposición. Pero el evangelio desea algo más profundo: una conciencia transformada. Dios no quiere solo conducta ajustada; quiere un corazón alineado.

La conciencia cristiana pregunta: ¿esto honra a Dios? ¿Esto es justo? ¿Esto edifica? ¿Esto revela a Cristo? No basta preguntar: ¿me descubrirán? ¿seré castigado? ¿alguien está mirando? El discípulo vive delante de la mirada de Dios.

Esa conciencia se aplica al tránsito, al trabajo, a los impuestos, a los contratos, a las palabras, a los compromisos, a la manera en que tratamos a las personas y también a la manera en que hablamos de las autoridades. El cristiano puede disentir, evaluar y discernir, pero no debe cultivar maledicencia, desprecio, odio o rebeldía sin reverencia. Hay una diferencia entre discernimiento espiritual y espíritu acusador.

Cuando la conciencia es renovada, la persona no necesita ser vigilada todo el tiempo para hacer lo correcto. Entiende que Dios está presente. Sabe que incluso las pequeñas actitudes revelan el tipo de corazón que está siendo formado en ella.

4. La única deuda permanente: el amor

Después de hablar de tributos y obligaciones, Pablo da un giro precioso: no debáis a nadie nada, sino el amor unos a otros. Esto no significa que nunca puedan existir compromisos financieros legítimos, sino que el cristiano no debe vivir irresponsablemente, explotando, debiendo injustamente o reteniendo lo que debe. La única deuda que nunca termina es el amor.

El amor es una deuda santa. Aunque amemos hoy, mañana seguimos debiendo amar. Aunque sirvamos hoy, seguimos llamados a servir. Aunque perdonemos, seguimos llamados a caminar en misericordia. El amor cristiano no es una cuota que se cancela; es una vocación que cargamos.

Pablo dice que quien ama al prójimo ha cumplido la ley. Cita mandamientos como no adulterar, no matar, no robar, no dar falso testimonio y no codiciar. Todos se resumen en esta palabra: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Esto muestra que la ley de Dios no es solo una lista fría de prohibiciones. Detrás de cada mandamiento hay protección, vida, cuidado y amor. Quien ama no quiere destruir el matrimonio del otro. Quien ama no quita la vida. Quien ama no roba. Quien ama no miente para dañar. Quien ama no codicia lo que pertenece al otro. El amor no hace mal al prójimo.

Pero este amor no nace naturalmente de la carne. La carne busca ventaja, disputa, venganza, posesión y orgullo. El amor de Romanos 13 es fruto de una vida rendida a Cristo. Es el amor que aprende a tratar al otro como quisiera ser tratado. Es el amor que prefiere la paz a la necesidad de ganar una discusión. Es el amor que hace el bien mientras todavía hay tiempo.

5. Amar mientras hay tiempo

La reflexión sobre el amor nos lleva a una verdad práctica: hay cosas que necesitan hacerse en vida. Palabras que necesitan ser dichas, perdones que necesitan ser ofrecidos, reconciliaciones que necesitan ser buscadas, gestos que necesitan ocurrir mientras la persona todavía puede recibirlos.

Muchas veces, el orgullo aplaza el amor. La herida aplaza el perdón. La razón aplaza la paz. La dureza aplaza el abrazo. Pero la vida es breve. Romanos 13 nos llama a vivir despiertos, no solo espiritualmente, sino también relacionamente. Amar al prójimo no es teoría; es actitud concreta.

Hay situaciones en que amar exige cuidar de quien nos hirió, servir a alguien difícil, responder con mansedumbre, dar atención a quien no nos reconoce, hacer nuestra parte sin garantía de retorno. Eso no es debilidad. Es madurez espiritual. La recompensa no siempre viene de la persona que recibió nuestro amor; muchas veces viene de Dios, que ve en secreto.

El amor cristiano no depende de que el otro lo merezca. Si dependiera del mérito, no sería gracia. Cristo nos amó cuando aún éramos pecadores. Ese amor nos alcanza, nos constriñe y nos enseña a amar de otra manera.

Esto no significa permitir abuso, consentir violencia o ignorar límites saludables. Amar también puede significar proteger, establecer distancia, buscar justicia y no alimentar el mal. Pero incluso cuando hay límites, el corazón del discípulo no debe ser gobernado por el odio. El amor de Cristo nos llama a hacer el bien posible, de la manera correcta, en el tiempo correcto, con sabiduría.

6. La noche va pasando y el día se acerca

Pablo cambia la imagen y habla del tiempo: ya es hora de despertar del sueño. La salvación está ahora más cerca de nosotros que cuando creímos. La noche está avanzada y el día se acerca. Este lenguaje trae urgencia espiritual.

El cristiano no puede vivir dormido. Hay un sueño que no es físico, sino espiritual: distracción, acomodación, frialdad, negligencia, rutina sin vigilancia. La persona sigue oyendo palabras correctas, pero ya no despierta. Sigue frecuentando ambientes religiosos, pero no se examina. Sigue diciendo que cree, pero vive como si el día de Cristo estuviera lejos.

Pablo dice: desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. La vida cristiana es un intercambio diario. Quitamos lo que pertenece a las tinieblas y vestimos lo que pertenece a la luz. No basta abandonar algo; es necesario revestirse de Cristo.

Las armas de la luz nos recuerdan que la caminata cristiana también es batalla espiritual. La verdad, la fe, la justicia, la salvación, la Palabra y la oración protegen el corazón. El discípulo no vence las tinieblas con armas de la carne, sino con la luz de Cristo.

Por eso Pablo menciona orgías, borracheras, impurezas, desenfrenos, contiendas y celos. Algunas de estas obras parecen claramente destructivas; otras parecen menores a nuestros ojos. Pero todas revelan una vida gobernada por la carne. Incluso los celos, la rivalidad y la contienda pueden ser señales de tinieblas dentro del corazón.

7. Revestirse del Señor Jesucristo

El capítulo termina con una orden bella y profunda: revestíos del Señor Jesucristo y no proveáis para los deseos de la carne. No basta intentar parecer mejor; es necesario vestirse de Cristo. No basta controlar la apariencia; es necesario permitir que Cristo gobierne deseos, pensamientos, palabras y decisiones.

Revestirse de Cristo es recordar quiénes somos en Él. Es mirar las manos y desear que sirvan como sirvieron las manos de Jesús. Es mirar los pies y desear que caminen para anunciar el bien. Es mirar la boca y desear que de ella salgan palabras de vida. Es mirar el corazón y pedir que ame como Cristo ama.

Esta es una práctica diaria. La carne siempre intentará abrir espacio para sus deseos. Busca brechas en la mente, en la mirada, en las conversaciones, en las ansiedades, en los resentimientos y en las tentaciones. Por eso, Pablo no dice solo que evitemos el pecado, sino que no alimentemos la carne. Lo que alimentamos crece. Lo que descuidamos se debilita.

Revestirse de Cristo también significa vivir como quienes pertenecen al día. No necesitamos esconder lo que somos en las tinieblas. Fuimos llamados a andar dignamente, como en pleno día, con transparencia, verdad y temor de Dios.

Romanos 13, por tanto, une autoridad, responsabilidad, amor y vigilancia. Nos enseña que el cristiano debe ser alguien de conciencia limpia, amor activo y vida despierta. Alguien que respeta el orden sin idolatrar a los hombres, ama al prójimo sin fingimiento y camina en la luz porque se revistió de Cristo.

Lo que Romanos 13 revela sobre Dios

Romanos 13 revela a Dios como Señor del orden, de la justicia, de la conciencia, del amor y de la luz. Él se interesa por la vida pública y por la vida íntima, por la forma en que tratamos con las autoridades y por la forma en que tratamos al

prójimo. Nos llama a una fe que no es desorganizada, irresponsable o indiferente, sino madura, amorosa y vigilante.

Lo que Romanos 13 enseña para hoy

Romanos 13 enseña que la vida cristiana debe aparecer en nuestras responsabilidades civiles, en la honestidad, en el respeto, en el pago de lo debido, en el discernimiento ante las autoridades, en el amor al prójimo y en la vigilancia espiritual. El cristiano vive en el mundo, pero no pertenece a las tinieblas. Camina como hijo del día, revestido de Cristo.

Preguntas para reflexión

1. ¿Mi fe aparece también en la forma en que cumplo mis responsabilidades públicas y civiles? 2. ¿He confundido discernimiento espiritual con rebeldía, desprecio o maledicencia? 3. ¿Doy a cada uno lo que corresponde: tributo, respeto, honra y amor? 4. ¿Vivo con conciencia delante de Dios o solo evitando castigos humanos? 5. ¿Hay alguien a quien necesito amar, perdonar o buscar mientras todavía hay tiempo? 6. ¿Qué obras de las tinieblas aún necesitan ser abandonadas en mi vida? 7. ¿Qué significa, de forma práctica, revestirme de Cristo hoy?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 13 nos llama a vivir con conciencia delante de Dios, responsabilidad delante de los hombres, amor delante del prójimo y vigilancia delante del tiempo, porque la noche va pasando, el día se acerca y el discípulo de Jesús debe andar revestido de la luz de Cristo.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-fc553d36-es>

<https://godmakes.com/s/book-c79d3172-es>

Romanos 14: Conciencia, libertad y paz entre hermanos

Texto base: Romanos 14 **Tema central:** Pablo enseña a la iglesia a recibir a hermanos con distintos niveles de madurez, sin desprecio, juicio ni tropiezo, buscando la paz y la edificación mutua por encima de las preferencias personales.

Verdad principal: En el Reino de Dios, el amor vale más que ganar discusiones: cada discípulo pertenece al Señor, debe actuar con conciencia delante de Dios y debe cuidar que su libertad no se convierta en tropiezo para el hermano.



1. Recibir sin convertir las diferencias en contienda

Romanos 14 entra en un área muy práctica de la vida cristiana: la convivencia entre hermanos que aman a Dios, pero piensan de manera diferente sobre asuntos secundarios. Pablo habla del débil en la fe, no para humillarlo, sino para proteger la comunión. El problema no era solamente comida, bebida o días especiales; el problema era el corazón que convertía diferencias de conciencia en juicio, desprecio y contienda.

La iglesia está formada por personas en diferentes etapas del camino. Algunos entienden con mayor claridad su libertad en Cristo. Otros todavía cargan miedos, costumbres, historias, heridas, tradiciones o límites personales. El llamado de Pablo es simple y profundo: recibid. No recibir para discutir dudas, no recibir para

ganar debates, no recibir para demostrar superioridad, sino recibir como Cristo recibe.

Esto exige madurez. La persona madura no usa su conocimiento para aplastar al otro. No convierte la libertad en arrogancia. Tampoco convierte una convicción personal en ley universal para todos. El amor cristiano sabe distinguir entre lo esencial del evangelio y aquello que pertenece a la conciencia, la prudencia y la madurez individual.

2. No despreciar y no juzgar

Pablo muestra dos tentaciones opuestas. El que come puede despreciar al que no come. El que no come puede juzgar al que come. Uno se siente superior por su libertad; el otro se siente superior por su restricción. En ambos casos, Cristo deja de ser el centro y el orgullo ocupa su lugar.

La pregunta de Pablo corta el corazón: ¿quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? El hermano no me pertenece a mí. Pertenece al Señor. Dios es poderoso para sostenerlo, corregirlo, enseñarlo y hacerlo permanecer. Cuando tomamos el lugar de juez sobre el corazón ajeno, olvidamos que también somos siervos.

Esto no significa que todo sea indiferente o que la iglesia nunca deba discernir el pecado. Pablo no habla de abandonar la verdad, sino de no condenar al hermano en asuntos donde la conciencia está siendo formada delante de Dios. Hay cosas que son claramente pecado; hay otras que exigen madurez, cuidado, amor y paciencia.

El discípulo necesita aprender a preguntar: ¿estoy defendiendo la santidad o defendiendo mi opinión? ¿Estoy ayudando a mi hermano a acercarse a Dios o solo intento demostrar que tengo razón? ¿Mi palabra edifica o solo hiere?

3. Cada uno dará cuentas de sí mismo a Dios

Romanos 14 recuerda que todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Esta verdad debería hacernos más reverentes y menos arrogantes. Antes de examinar el plato, la costumbre, la práctica o la limitación del otro, necesitamos examinar nuestro propio corazón.

Pablo dice que ninguno vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. Esta es una de las claves del

capítulo. La vida cristiana no está gobernada por el deseo de agradar a las personas ni por la necesidad de controlar la conciencia de los demás, sino por el deseo de pertenecer completamente a Cristo.

Esto trae libertad y responsabilidad. Libertad, porque no vivimos esclavizados por la opinión ajena. Responsabilidad, porque cada decisión debe ser tomada delante de Dios. El cristiano no debe preguntar solo: ¿puedo? Debe preguntar: ¿esto honra al Señor? ¿Preserva la paz? ¿Edifica? ¿Ayuda o debilita a mi hermano?

Vivir delante de Dios cambia todo. La conciencia deja de ser un detalle. La intención importa. La motivación se vuelve parte de la adoración.

4. Libertad con amor y responsabilidad

Una de las grandes lecciones del capítulo es que no todo lo permitido debe practicarse en cualquier contexto. La libertad cristiana no es licencia para actuar sin considerar al hermano. Si algo que hago, aunque no sea pecado en sí mismo, se convierte en tropiezo para alguien, el amor me llama a evaluar mi actitud.

Pablo no dice que el cristiano deba vivir esclavo de la opinión de todos. Tampoco dice que la fe madura deba ser dominada por la conciencia inmadura. Pero sí afirma que el amor renuncia voluntariamente a derechos cuando percibe que su libertad puede herir, confundir o debilitar a alguien por quien Cristo murió.

Esto apareció en la conversación sobre comida, bebida y costumbres. Para algunas personas, ciertas prácticas no producen caída. Para otras, son disparadores, recuerdos, vicios, tropiezos o escándalos. La madurez cristiana no pregunta solamente: ¿esto está permitido para mí? Pregunta: ¿cómo afecta esto a quien está a mi lado?

El amor ve historias. Una persona puede venir de adicciones, abusos, compulsiones, religiones anteriores, heridas familiares o ambientes donde ciertas prácticas destruyeron vidas. Lo que para uno parece simple puede ser peligroso para otro. Por eso, la libertad debe caminar de la mano de la misericordia.

5. El Reino de Dios no es comida ni bebida

Pablo resume el corazón del capítulo con una frase poderosa: el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Esta palabra

coloca las cosas en su debido lugar. La comunión no debe ser destruida por asuntos menores cuando lo que realmente importa es la vida del Espíritu.

Justicia habla de una vida alineada con Dios. Paz habla de relaciones tratadas con humildad, reconciliación y cuidado. Gozo en el Espíritu Santo habla de una fe viva, no atrapada en disputas vacías. Cuando comida, bebida, costumbres o preferencias se vuelven más importantes que la justicia, la paz y el gozo, perdemos el enfoque del Reino.

Esto no significa que las decisiones prácticas sean irrelevantes. Pueden revelar amor, prudencia o tropiezo. Pero no son el centro de la fe. El centro es Cristo. El centro es el amor que edifica. El centro es el Espíritu Santo formando un pueblo que sabe vivir en paz sin abandonar la verdad.

La iglesia madura cuando aprende a valorar lo que Dios valora. No toda discusión merece convertirse en guerra. No toda diferencia necesita convertirse en separación. No toda convicción personal debe imponerse a todo el cuerpo. El Reino es mayor que nuestras preferencias.

6. No destruir la obra de Dios por cosas menores

Pablo advierte: no destruyas por causa de la comida la obra de Dios. Esta frase es seria. Una actitud aparentemente pequeña puede herir un alma, enfriar una fe, crear escándalo o alejar a alguien del camino.

A veces una persona se siente libre, pero no percibe que su libertad está siendo vista por alguien frágil. A veces otra persona se siente celosa, pero su celo se convierte en juicio. En ambos casos, la obra de Dios puede ser herida. Por eso Pablo llama a todos a un camino más alto: sigamos lo que contribuye a la paz y a la edificación mutua.

Edificar es construir. La pregunta del amor es: ¿esto construye? ¿Mi palabra construye? ¿Mi ejemplo construye? ¿Mi libertad construye? ¿Mi restricción construye? ¿Mi forma de corregir construye?

La fe cristiana no es un campo de competencia espiritual. Es una familia en formación. Los hermanos no fueron llamados a derribarse, sino a ayudarse a permanecer firmes.

7. Convicción delante de Dios y cuidado delante del hermano

Pablo termina recordando que la fe que tenemos debe vivirse delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda, si actúa contra su conciencia, se condena, porque todo lo que no proviene de fe es pecado.

Esto muestra que la conciencia no debe ser violentada. Para una persona, algo puede vivirse con gratitud y paz delante de Dios. Para otra, la misma práctica puede generar culpa, confusión y caída. La madurez está en no despreciar esa diferencia.

Cada discípulo debe caminar con sinceridad delante del Señor. No debemos usar la libertad de otro como excusa para herir nuestra propia conciencia. Tampoco debemos usar nuestra conciencia como instrumento para controlar la caminata de todos.

Romanos 14 nos llama a una fe humilde, amorosa y responsable. Una fe que sabe convivir con diferencias, que no abandona la verdad, pero tampoco abandona al hermano. Una fe que prefiere edificar antes que ganar discusiones. Una fe que entiende que Cristo murió por personas, no por preferencias.

Lo que Romanos 14 revela sobre Dios

Romanos 14 revela a Dios como Señor de la conciencia, la comunión y el crecimiento espiritual. Él recibe, sostiene, corrige y madura a sus siervos. Valora la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo más que las disputas sobre costumbres y preferencias. También nos recuerda que cada persona le pertenece a Él y dará cuentas delante de Él.

Lo que Romanos 14 enseña para hoy

Romanos 14 enseña que el cristiano debe vivir su libertad con amor, su convicción con humildad y su conciencia delante de Dios. Debemos evitar juicio, desprecio y escándalo, buscando lo que promueve la paz y la edificación. La pregunta no es solo “¿puedo hacerlo?”, sino “¿esto honra a Dios, edifica a mi hermano y preserva la comunión?”.

Preguntas para reflexión

1. ¿He recibido a hermanos diferentes de mí o he convertido diferencias en contienda? 2. ¿En qué áreas corro el riesgo de despreciar a quien tiene una

conciencia más restringida? 3. ¿En qué áreas corro el riesgo de juzgar a quien ejerce libertad con responsabilidad? 4. ¿Mi libertad ha edificado o puede estar convirtiéndose en tropiezo para alguien? 5. ¿He colocado comida, bebida, costumbres o preferencias por encima de la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo? 6. ¿Hay alguna práctica que realizo sin paz en la conciencia y debo revisar delante de Dios? 7. ¿Qué puedo hacer hoy para buscar la paz y la edificación de alguien?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 14 nos enseña que la madurez cristiana no está en ganar discusiones, sino en amar a hermanos por quienes Cristo murió, viviendo con conciencia delante de Dios, libertad guiada por el amor y compromiso con la paz que edifica.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-21ebb619-es>

Romanos 15: La esperanza que acoge, sirve y anuncia a Cristo

Texto base: Romanos 15 **Tema central:** Pablo llama a los cristianos maduros a sostener a los débiles, vivir en armonía, recibirse unos a otros como Cristo los recibió, abundar en esperanza por el Espíritu Santo y participar en la misión de llevar el evangelio donde Cristo aún no es conocido. **Verdad principal:** La esperanza cristiana no nos encierra en nosotros mismos; nos mueve a servir, edificar, acoger, orar, compartir y anunciar a Cristo para que Dios sea glorificado entre todos los pueblos.



1. Los fuertes existen para sostener, no para dominar

Romanos 15 comienza con una frase que derriba la lógica natural del orgullo: los que somos fuertes debemos soportar las debilidades de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Para Pablo, la madurez espiritual no es permiso para exigir, despreciar o caminar solos. La madurez es capacidad de cargar, paciencia para enseñar, amor para esperar y humildad para renunciar a la comodidad personal por la edificación del otro.

Después de tratar en Romanos 14 sobre conciencia, libertad y tropiezo, Pablo continúa por el mismo camino. Quien recibió más entendimiento no lo recibió para

sentirse superior. Lo recibió para servir mejor. Quien tiene más firmeza en la fe no debe usar esa firmeza para aplastar al que todavía aprende, sino para sostener al que aún tropieza.

La fuerza cristiana es distinta de la fuerza del mundo. En el mundo, fuerza muchas veces significa poder sobre el otro. En Cristo, fuerza significa responsabilidad por el otro. El creyente fuerte no vive para demostrar que tiene razón, sino para ayudar a su hermano a permanecer de pie. La meta no es ganar una discusión, sino edificar una vida.

Esto empieza cerca de nosotros: en la casa, en el matrimonio, en la familia, en la iglesia, en el trabajo y en las relaciones más simples. Muchas veces queremos agradarnos a nosotros mismos, defender nuestra razón, preservar nuestra comodidad o exigir que el otro madure en nuestro tiempo. Pero Cristo nos llama a una vida más parecida a la suya: soportar, enseñar, esperar, perdonar y edificar.

2. Cristo es el modelo de quien no vivió para agradarse a sí mismo

Pablo fundamenta este llamado en el ejemplo de Jesús: Cristo no se agradó a sí mismo. El Señor no vino buscando comodidad, reputación o autopreservación. Se vació, sirvió, soportó injurias, se acercó a los débiles, tocó a los excluidos, recibió a pecadores arrepentidos y se entregó por quienes no podían salvarse.

Cuando miramos a Cristo, entendemos que la vida cristiana no puede ser movida solamente por la pregunta: ¿qué quiero yo? La pregunta correcta pasa a ser: ¿qué edifica? ¿Qué glorifica a Dios? ¿Qué ayuda a mi prójimo? ¿Qué revela el carácter de Cristo?

Jesús no se agradó a sí mismo, pero eso no significa que agradó a todos de cualquier manera. Él nunca confundió amor con permisividad. Amó con verdad y habló la verdad con amor. Recibió sin abandonar la santidad. Corrigió sin perder la misericordia. Sirvió sin negociar la voluntad del Padre.

Este equilibrio es esencial. Pablo no enseña que debemos agradar a las personas a cualquier costo ni ceder al error para evitar conflictos. Enseña que debemos agradar al prójimo en lo que es bueno, buscando su edificación. Agradar, aquí, no es alimentar el pecado; es buscar el bien espiritual del otro.

3. Las Escrituras producen perseverancia, consuelo y esperanza

Pablo recuerda que todo lo que fue escrito antes fue escrito para nuestra enseñanza, para que por la perseverancia y el consuelo de las Escrituras tengamos esperanza. La Palabra de Dios no es solo información; forma el corazón, sostiene el alma y renueva la esperanza.

Hay días en que necesitamos dirección. Hay días en que necesitamos corrección. Hay días en que necesitamos consuelo. Y hay días en que simplemente necesitamos recordar que Dios sigue reinando. Las Escrituras hacen todo esto. Nos enseñan a esperar, resistir, discernir, permanecer y confiar.

Romanos 15 muestra que la esperanza cristiana nace del encuentro entre la Palabra y el Espíritu. No es optimismo vacío. No es negar la realidad. Es mirar la realidad con la certeza de que Dios es fiel, Cristo venció y el Espíritu Santo sostiene a los hijos de Dios.

Por eso, la lectura de la Palabra no debe tratarse como un ritual muerto. Cada vez que la Escritura se abre con fe, el corazón es llamado de regreso a la verdad. Ella nos recuerda lo que olvidamos, confronta lo que escondemos y fortalece lo que se estaba debilitando. Quien permanece en la Palabra aprende a atravesar pruebas sin perder la esperanza.

4. Una sola voz para glorificar a Dios

Pablo ora para que el Dios de la perseverancia y del consuelo conceda a los hermanos un mismo sentir entre ellos, según Cristo Jesús, para que juntos y a una sola voz glorifiquen al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. La unidad de la iglesia no es solo ausencia de pelea. Es armonía espiritual dirigida a la gloria de Dios.

La iglesia en Roma reunía personas de orígenes, historias y sensibilidades diferentes. Judíos y gentiles tenían que aprender a vivir en un mismo cuerpo. Algunos cargaban tradiciones antiguas; otros venían de una vida lejos de la ley. Algunos tenían mayor libertad; otros tenían una conciencia más sensible. El evangelio no borraba esas historias de modo superficial, sino que creaba una nueva familia en Cristo.

La unidad verdadera no nace cuando todos tienen la misma opinión sobre todo. Nace cuando todos se rinden al mismo Señor. Cuando Cristo se vuelve el centro,

las diferencias dejan de ser motivo de vanidad o desprecio y pasan a ser oportunidades de amor, paciencia y servicio.

Una sola voz no significa uniformidad artificial. Significa que la adoración es mayor que el ego. Significa que la gloria de Dios importa más que las preferencias personales. Significa que el hermano deja de ser adversario y vuelve a ser miembro del mismo cuerpo.

5. Recibíos como Cristo os recibió

El corazón pastoral del capítulo aparece con fuerza en este mandato: recibíos unos a otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios. El patrón de la acogida cristiana no es la simpatía natural, ni la afinidad cultural, ni el merecimiento humano. El patrón es Cristo.

Cristo nos recibió cuando todavía había debilidad. Cristo nos recibió con misericordia. Cristo nos recibió para transformarnos, no para dejarnos igual. Cristo recibió a judíos y gentiles dentro del propósito eterno de Dios. Confirmó las promesas hechas a los patriarcas y abrió la puerta para que los gentiles glorificaran a Dios por su misericordia.

Esto es profundamente importante. El evangelio no es propiedad de un grupo, una cultura o una tradición. La salvación viene de Dios y alcanza a las naciones. La raíz de Isaí se levanta como esperanza para los pueblos. Los que no buscaban fueron alcanzados. Los que estaban lejos fueron invitados a alabar. Los que no pertenecían según la carne fueron recibidos por misericordia.

Por eso, la iglesia necesita reflejar esa acogida. Quien fue recibido por gracia no puede tratar al otro con soberbia. Quien fue alcanzado por misericordia no puede vivir como dueño de la puerta. La acogida cristiana glorifica a Dios porque revela al mundo el tipo de amor con que Cristo nos recibió.

6. Abundar en esperanza por el poder del Espíritu Santo

Romanos 15:13 es una de las oraciones más hermosas de la carta: que el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.

Dios no solo da esperanza; Él es el Dios de la esperanza. La esperanza no nace de circunstancias favorables, sino de la presencia de Dios. Crece cuando la fe se apoya en el carácter del Padre, en la obra del Hijo y en el poder del Espíritu Santo.

Pablo habla de gozo y paz en el creer. Esto significa que la fe no es solo una idea correcta acerca de Dios; es un lugar de descanso. El creyente sigue enfrentando luchas, enfermedades, pérdidas, presiones e incertidumbres, pero no está vacío por dentro. Hay una fuente más profunda. Hay una paz que no depende de que todo esté resuelto. Hay una alegría que brota de la certeza de que Dios está presente.

Abundar en esperanza es más que sobrevivir. Es permitir que la esperanza de Dios alcance también a los que están alrededor. Una persona llena de esperanza no niega el dolor, pero lleva luz. Ora, consuela, anima y apunta a Cristo. Aunque no entienda todo, sabe que Dios sigue siendo fiel.

7. La misión de Pablo y la ofrenda de los gentiles

En la segunda parte del capítulo, Pablo habla de su ministerio entre los gentiles. Escribe con valentía, pero también con humildad. Reconoce que todo viene de la gracia de Dios. No se gloría en sí mismo, sino en lo que Cristo hizo por medio de él.

Pablo veía su misión como un servicio sacerdotal: anunciar el evangelio para que los gentiles llegaran a ser una ofrenda agradable a Dios, santificada por el Espíritu Santo. Esta imagen es preciosa. La ofrenda no era solo dinero o ritual. Eran vidas alcanzadas, pueblos transformados, corazones consagrados, personas antes lejanas ahora presentadas a Dios en Cristo.

Esto amplía nuestra comprensión del servicio. Cuando alguien anuncia el evangelio, enseña, ora, discipula, acoge, aconseja o ayuda a otra persona a acercarse a Cristo, participa de esta obra santa. Cada vida transformada se convierte en una ofrenda de alabanza al Señor.

Pablo también deja claro que señales, prodigios, palabras y obras solo tienen valor verdadero cuando Cristo es el autor. No quería edificar sobre fundamento ajeno ni buscar gloria personal. Su deseo era llevar a Cristo donde Cristo aún no había sido anunciado. La misión cristiana conserva ese llamado: no solo mantener lo que ya existe, sino mirar a quienes aún no han oído.

8. Generosidad, intercesión y el Dios de paz

El capítulo termina mostrando a Pablo en movimiento. Planea visitar Roma, pero antes debe ir a Jerusalén llevando una contribución a los santos pobres. Aquí la espiritualidad se vuelve práctica. La fe que anuncia también reparte. Los gentiles habían recibido bendiciones espirituales; ahora participaban con bienes materiales para socorrer a hermanos necesitados.

Esta unión entre palabra, oración y generosidad es esencial. El evangelio forma una familia que se importa. Quien recibió misericordia aprende a compartir. Quien fue consolado aprende a consolar. Quien fue fortalecido aprende a cargar al débil. Quien recibió a Cristo aprende a servir como Cristo.

Pablo también pide oración. Aunque era apóstol, no camina como alguien autosuficiente. Pide a los hermanos que luchen con él en oración. Esto revela humildad y dependencia. La misión cristiana no se sostiene por talento humano, sino por la gracia de Dios y por la intercesión del cuerpo.

Por último, Pablo invoca al Dios de paz. Después de hablar de fuertes y débiles, judíos y gentiles, esperanza y misión, contribución y viaje, señala al Dios que une, consuela, envía y guarda. El capítulo nos llama a vivir como pueblo de la esperanza: acogiendo, sirviendo, edificando, orando, compartiendo y anunciando a Cristo hasta que todos los pueblos glorifiquen a Dios.

Lo que Romanos 15 revela sobre Dios

Romanos 15 revela a Dios como el Dios de la perseverancia, del consuelo, de la esperanza y de la paz. Él es fiel a sus promesas, misericordioso con las naciones, paciente con los débiles, sustentador de la iglesia y Señor de la misión. Llena a su pueblo de gozo y paz por el poder del Espíritu Santo y transforma vidas en ofrendas agradables a Él.

Lo que Romanos 15 enseña para hoy

Romanos 15 enseña que la madurez cristiana debe convertirse en servicio. El fuerte debe sostener al débil. Quien conoce más debe edificar con amor. Quien fue recibido por Cristo debe recibir al hermano. Quien recibió esperanza debe transmitirla. Quien recibió bendiciones espirituales también debe compartir de

manera práctica. Y quien ama el evangelio debe desear que Cristo sea anunciado donde aún no es conocido.

Preguntas para reflexión

1. ¿He usado mi madurez para servir o para sentirme superior? 2. ¿En qué situaciones busco agradarme a mí mismo más que edificar al prójimo? 3. ¿Mi manera de recibir a otros se parece a la manera en que Cristo me recibió? 4. ¿He permitido que las Escrituras produzcan perseverancia, consuelo y esperanza en mí? 5. ¿Mi fe ha generado gozo y paz o he vivido dominado por la preocupación y la dureza? 6. ¿Cómo puedo participar en la misión de llevar a Cristo a quienes aún no lo conocen? 7. ¿Mi generosidad demuestra gratitud por las bendiciones espirituales que recibí? 8. ¿Pido oración y oro por los que sirven en el evangelio?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 15 nos enseña que la esperanza que viene de Dios nos convierte en personas que reciben como Cristo recibió, sirven como Cristo sirvió y anuncian a Cristo para que todos los pueblos glorifiquen al Señor.

Mira:

<https://godmakes.com/s/book-a18c05a4-es>

<https://godmakes.com/s/book-706a48b3-es>

Romanos 16: La familia de la fe y la gloria del Dios sabio

Texto base: Romanos 16 **Tema central:** Pablo cierra la carta con saludos a colaboradores fieles, honra a personas que sirvieron al evangelio, advierte contra las divisiones y termina glorificando al Dios sabio que reveló el misterio de Cristo para conducir a todas las naciones a la obediencia de la fe. **Verdad principal:** La fe cristiana no se vive de manera aislada; forma una familia de siervos, protege la unidad de la iglesia, discierne el engaño y devuelve toda la gloria al Dios que afirma a su pueblo en Cristo.



1. El evangelio termina con nombres, no solo con ideas

Romanos 16 puede parecer, a primera vista, solamente una lista de saludos. Pero cuando lo leemos con atención, vemos que Pablo no cierra la carta con frialdad. La cierra recordando personas. Después de una carta tan profunda, llena de doctrina, justicia, fe, gracia, Israel, las naciones, el Espíritu Santo, vida cristiana y misión, Pablo nos muestra que el evangelio se vuelve visible en vidas concretas.

La teología de Romanos no queda suspendida en el aire. Aparece en Febe, Priscila, Aquila, María, Andrónico, Junia, Urbano, Rufo, su madre y muchos otros. Algunos son conocidos; otros aparecen solo aquí. Algunos quizá enseñaron; otros

hospedaron; otros trabajaron en silencio; otros arriesgaron la vida; otros abrieron su casa; otros permanecieron fieles en medio de luchas.

Esto nos enseña que en el Reino de Dios nadie es solo un número. Dios conoce nombres, historias, sacrificios, lágrimas y servicios escondidos. A veces, aquello que para nosotros parece pequeño es precioso delante del Señor. Un saludo, una casa abierta, una oración, una ayuda, una palabra de ánimo, una visita, una ofrenda, un servicio sencillo — todo puede formar parte de la obra de Dios.

Romanos termina así para recordarnos que el cuerpo de Cristo está formado por personas reales. Personas con dones diferentes, historias diferentes, temperamentos diferentes y funciones diferentes, pero unidas por el mismo Señor. La iglesia no es una institución sin rostro. Es familia. Es comunión. Es gente sirviendo a gente por amor a Cristo.

2. Febe y la dignidad del servicio

Pablo comienza recomendando a Febe, sierva de la iglesia en Cencrea. Pide que sea recibida en el Señor como conviene a los santos y que sea ayudada en todo lo que necesite, porque ella también ayudó a muchos, incluido el propio Pablo. Hay una belleza profunda en esta recomendación.

Febe no es presentada como alguien que busca destaque, sino como alguien que sirvió. Y Pablo honra ese servicio públicamente. Esto nos muestra que el trabajo en el Reino no debe ser invisibilizado por nosotros, aunque muchas veces se haga en silencio. Dios ve. Y cuando es justo honrar, debemos honrar.

El servicio cristiano no es inferior a la predicación. Quien sirve a la mesa, quien recibe, quien ayuda, quien intercede, quien visita, quien cuida, quien organiza, quien abre camino para que otros sean fortalecidos, también participa en la misión. Muchas veces, una persona que sirve en silencio sostiene más vidas de lo que imagina.

La iglesia necesita recuperar la dignidad del servicio. En una cultura que valora posición, escenario y reconocimiento, Romanos 16 nos llama a mirar a quienes cargan peso sin aparecer. Febe nos recuerda que el Reino también avanza por las manos de quienes ayudan, reciben, protegen, contribuyen y cuidan.

3. Priscila y Aquila: un matrimonio al servicio del evangelio

Pablo saluda a Priscila y Aquila como colaboradores en Cristo Jesús. Dice que arriesgaron su propia vida por él y que no solo Pablo, sino también las iglesias de los gentiles, les estaban agradecidas. Además, había una iglesia reunida en su casa.

Este saludo revela a un matrimonio que entendió que la casa también puede ser altar, escuela, refugio y punto de misión. No servían solo con palabras; servían con la propia vida. Abrieron espacio, corrieron riesgos, recibieron a la iglesia y trabajaron junto al apóstol.

Aquí hay una lección poderosa para las familias cristianas. El hogar no necesita ser solo un lugar de descanso personal; puede ser un lugar de la presencia de Dios. Una mesa puede convertirse en instrumento de comunión. Una sala puede acoger oración. Una casa sencilla puede recibir la Palabra. Un matrimonio puede transformarse en una sociedad misionera.

Priscila y Aquila también nos enseñan que el Reino se construye con cooperación. Pablo no caminaba solo. Aunque era apóstol, necesitaba hermanos, casas, amistades, apoyo, protección y compañerismo. Nadie sirve a Dios de forma saludable despreciando el cuerpo. La obra es de Dios, pero Él nos da el privilegio de participar juntos.

4. Trabajadores conocidos por Dios

La lista de Romanos 16 menciona a muchas personas que trabajaron en el Señor. Algunos nombres vienen acompañados de expresiones de cariño: amado, aprobado en Cristo, colaborador, escogido en el Señor, alguien que trabajó mucho. Cada expresión revela memoria, gratitud y discernimiento espiritual.

Pablo no trata el servicio de los demás como algo común. Percibe el esfuerzo. Reconoce a quienes trabajan. Valora a quienes abrieron camino. Esto es importante para la vida cristiana. Debemos aprender a ver a las personas que Dios puso a nuestro alrededor y reconocer la gracia que actúa en ellas.

Honrar no es idolatrar. La gloria sigue siendo de Dios. Pero dar honra a quien merece honra también forma parte de una espiritualidad madura. Cuando reconocemos el servicio fiel de alguien, en realidad glorificamos al Dios que obró en esa vida.

Este capítulo también consuela a quien trabaja sin ser visto. Tal vez nadie mencione tu nombre en público. Tal vez pocos sepan cuánto has soportado, cuántas veces oraste, cuántas veces ayudaste, cuántas veces permaneciste cuando podrías haberte ido. Pero Dios sabe. El Dios que inspiró a Pablo a registrar nombres también registra fidelidad.

5. Saludaos con afecto santo

Pablo dice que se saluden unos a otros con ósculo santo. El principio detrás de la expresión es comunión sincera, afecto santo, acogida sin falsedad y pertenencia al cuerpo de Cristo. El pueblo de Dios no debe vivir como extraños reunidos en el mismo lugar, sino como hermanos reconciliados en Cristo.

El saludo cristiano lleva más que educación. Comunica: te veo, te reconozco, perteneces, eres mi hermano, eres mi hermana. En un mundo marcado por indiferencia, prisa, aislamiento y frialdad, un saludo en Cristo puede llevar vida.

Esto no significa superficialidad. No es solo decir palabras bonitas. Es cultivar atención, respeto y amor. Es preguntar con sinceridad. Es percibir quién llegó abatido. Es acoger a quien quizá está distante. Es recordar que, a veces, una palabra sencilla puede abrir la puerta a una conversación profunda.

La comunión cristiana también es una forma de testimonio. Cuando el mundo ve a personas diferentes amándose en Cristo, la gracia de Dios se vuelve visible. La iglesia debe ser un lugar donde la verdad se preserva y el amor se practica. Santidad sin amor se vuelve dureza. Amor sin santidad se vuelve confusión. En Cristo, ambas cosas caminan juntas.

6. Cuidado con las divisiones y los tropiezos

Después de los saludos, Pablo cambia el tono y hace una advertencia seria: es necesario observar a quienes provocan divisiones y tropiezos contra la doctrina aprendida y apartarse de ellos. La unidad de la iglesia es demasiado preciosa para ser entregada a personas que sirven a sus propios intereses.

No toda voz suave viene de Dios. No todo discurso bonito edifica. Pablo habla de personas que, con palabras agradables y lisonjas, engañan corazones sencillos. Por eso, el amor cristiano no significa ingenuidad. La iglesia necesita ser acogedora, pero también vigilante. Debe amar, pero también discernir.

La división no siempre comienza con grandes herejías. Muchas veces comienza con orgullo, murmuración, vanidad, disputa por influencia, necesidad de control, chisme o deseo de ser visto. Poco a poco, el corazón deja de servir a Cristo y empieza a servirse a sí mismo.

El remedio de Pablo es claro: permanezcan en la doctrina recibida, observen los frutos y no alimenten aquello que destruye la comunión. No se trata de vivir desconfiando de todos, sino de guardar el rebaño con sabiduría. La paz de la iglesia debe ser protegida, porque la división hiere personas y debilita el testimonio.

7. Sabios para el bien y sencillos para el mal

Pablo se alegra por la obediencia de los hermanos, pero desea que sean sabios para el bien y sencillos para el mal. Esta frase resume una parte esencial de la madurez cristiana. El cristiano no debe ser especialista en el pecado ni demasiado curioso sobre aquello que contamina. Debe crecer en el bien, discernir el bien, practicar el bien y permanecer sencillo ante el mal.

Ser sencillo para el mal no significa desconocer la realidad. Significa no hacer del mal una escuela. Significa no alimentar la mente con aquello que corrompe. Significa no dejarse fascinar por estrategias de pecado, manipulación, malicia y venganza. El discípulo de Jesús no necesita experimentar tinieblas para valorar la luz.

Al mismo tiempo, necesitamos ser sabios para el bien. Eso exige aprendizaje, práctica, humildad y dependencia del Espíritu Santo. Hacer el bien no siempre es fácil. A veces exige paciencia. A veces exige valentía. A veces exige silencio. A veces exige una palabra firme. A veces exige servir sin reconocimiento.

Entonces Pablo declara una promesa poderosa: el Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo sus pies. No es el Dios de la violencia humana, sino el Dios de paz quien vence el mal. La victoria final pertenece al Señor. El pueblo de Dios no necesita vencer por la carne, la venganza o la arrogancia. Dios mismo aplastará al enemigo, y su gracia sostiene a la iglesia hasta ese día.

8. El misterio revelado y la gloria del Dios sabio

La carta termina con una doxología. Pablo glorifica a aquel que puede afirmar a los hermanos según el evangelio y la predicación de Jesucristo, conforme a la revelación del misterio guardado en silencio desde tiempos eternos, pero ahora manifestado por las Escrituras proféticas para la obediencia de la fe entre todas las naciones.

Este final retoma el comienzo de la carta. Romanos comenzó con el evangelio prometido en las Escrituras, acerca de Jesucristo, para la obediencia de la fe entre los pueblos. Ahora termina con el mismo horizonte: Dios reveló en Cristo el misterio preparado desde la eternidad, para que todas las naciones sean llamadas a la fe.

El evangelio no es improvisación. La cruz no fue accidente. La resurrección no fue una reacción de emergencia. Dios condujo la historia con sabiduría eterna. Lo que parecía escondido fue revelado en Cristo. Lo que parecía limitado a un pueblo fue anunciado a las naciones. Lo que parecía imposible fue realizado por gracia.

Por eso, la última palabra es gloria. No gloria a Pablo. No gloria a los colaboradores. No gloria a la iglesia de Roma. No gloria a quienes predicán, sirven o lideran. Al único Dios sabio sea dada gloria por medio de Jesucristo para siempre. Amén.

Romanos 16 cierra la carta recordándonos que la fe verdadera produce comunión, servicio, discernimiento, misión y adoración. Los nombres son honrados, pero Dios es glorificado. Las personas sirven, pero Cristo sostiene. La iglesia trabaja, pero la gracia confirma. Y al final, todo vuelve al Señor.

Lo que Romanos 16 revela sobre Dios

Romanos 16 revela a Dios como el Dios que conoce nombres, honra servicios escondidos, sostiene la comunión, protege a la iglesia de la división, afirma a su pueblo en el evangelio y revela en Cristo el misterio preparado desde los tiempos eternos. Él es el Dios de paz que vence a Satanás y el único Dios sabio digno de gloria para siempre.

Lo que Romanos 16 enseña para hoy

Romanos 16 enseña que la vida cristiana debe vivirse en comunión. Debemos honrar a quienes sirven, recibir a los colaboradores, abrir espacio para la obra de

Dios, proteger la unidad, discernir palabras engañosas y permanecer obedientes. También enseña que el servicio sencillo tiene valor eterno y que toda obra cristiana debe terminar en adoración al Dios que nos afirma en Cristo.

Preguntas para reflexión

1. ¿He valorado a las personas que Dios puso a mi lado en el camino de la fe? 2. ¿Mi casa, mis dones y mis recursos están disponibles para servir al evangelio? 3. ¿He honrado a los siervos de Dios sin convertir personas en ídolos? 4. ¿Mi manera de saludar y acoger transmite verdadero amor cristiano? 5. ¿He discernido divisiones y tropiezos, o he alimentado conversaciones que debilitan la comunión? 6. ¿Soy sabio para el bien y sencillo para el mal? 7. ¿Recuerdo que la victoria pertenece al Dios de paz y no a la fuerza de mi carne? 8. ¿Mi vida devuelve toda la gloria al único Dios sabio por medio de Jesucristo?

Frase de cierre del capítulo

Romanos 16 nos enseña que el evangelio forma una familia de siervos, guarda a la iglesia en unidad, llama a todos a la obediencia de la fe y termina con toda la gloria entregada al Dios sabio por medio de Jesucristo.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-18f6ccf7-es>

¡Participa con nosotros!

Únete al grupo de WhatsApp de GodMakes y visita el sitio para seguir las novedades, los estudios bíblicos de cada capítulo y libro de la Biblia, conocer las misiones que apoyamos, contribuir y también leer nuevos libros.

Escanea el código QR para entrar al grupo devocional:



Enlace del grupo devocional de WhatsApp:

http://tiny.cc/devocional_es

Sitio: <https://godmakes.com>